

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, THEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

COLECCION DE LEYENDAS BIOGRAFICAS
ESCRITA

POR LA SEÑORA

D.^a María del Pilar Simúes de Marco.

Leyenda primera.

(CONTINUACION.)

VI.

La camarera mayor ó aya de la princesa escribió á Carlos la muerte prematura de su hijo y el estado de desesperacion de Luisa un mes despues de la noche fatal en que esta sintió morir en su seno á la pobre criatura; pero el conde, preso mas que nunca en las redes de la Floriana y habiendo perdido otra vez la esperanza de ser padre, permaneció un año en París al cabo del cual, arruinado por la bailarina y por el juego, volvió á Toscana.

Al ver á Luisa no pudo menos de estremecerse: no era ya mas que la sombra de la deslumbradora belleza que la habia hecho célebre en toda la Europa: su tez tenia la diáfana blancura del nácar, y sus grandes ojos estaban apagados como los de todas aquellas personas que han sufrido mucho, pareciendo mas grandes por su estremada falta de carnes.

Sin embargo, aun era muy bella: su rostro, tan puro como un camafeo antiguo, estaba guarnecido de gruesas y apretadas trenzas de cabello rubio; notábase en toda su persona y en sus actitudes, llenas de una adorable gracia, la resignacion hácia la voluntad de Dios y la inefable serenidad de la conciencia.

Luisa apenas contaba veinte y seis años y ya no tenia amores ni ilusiones, viviendo, desde hacia ocho meses, de la inteligencia y de la devocion.

Al entrar su marido en su habitacion quiso abrazarla: mas ella se puso en pié y rechazándole con dignidad

—Apartad, señor, le dijo: todo ha concluido en-
SETIEMBRE.

tre nosotros: desde hoy somos estraños el uno para el otro; seguid vuestro camino y dejadme seguir en paz el mio, seguro de que jamás mancharé, á ejemplo vuestro, el nombre real de los Estuardos.

El príncipe se retiró avergonzado y confundido; mas pronto volvió á su degradante vida, y las partidas de caza alternaban con los convites en Florencia y con las juntas sediciosas y secretas.

Mas al fin llegó á perder completamente las esperanzas de reinar: la Inglaterra le odiaba; aquella nacion severa, justa, ríjida, no podia apreciar las pretensiones del príncipe Carlos: entonces todo el enojo de este se volvió contra su santa é irreprehensible esposa: arrepiñtióse amargamente de haberse unido á ella, y creyó que si se hubiera enlazado con una princesa de una familia reinante, ésta le hubiera dado tropas y recursos para conquistar el trono de sus abuelos.

Cuando acompañaba alguna vez á su esposa en público, habia observado que la miraba con una atencion sostenida y constante un hombre de hermosa figura, pero de fisonomía adusta y que parecia tener de veinte y ocho á treinta años: habia tomado en el teatro el palco que daba frente al de los príncipes, y sus fogosos ojos negros no se separaban un momento del bello y melancólico semblante de la condesa.

Carlos se informó y pronto supo que aquel hombre era el conde Víctor Alfieri, conocido como gran poeta: dos años hacia que habia dado al teatro de Turin su tragedia *Cleopatra* y su comedia *Los poetas*, obteniendo una y otra un triunfo completo: ocupábase entonces de su excelente *Traducción del Salustio*; habia concluido su magnífico *Tratado contra la tiranía* y sus ardientes odas á la *Revolucion de la América Septentrional*; y ya habia leído delante de la nobleza sus tragedias *Virginia*, *Antígona*, *Bruto* y *Mirra*. En suma, Alfieri era una de las personas mas distinguidas de toda la Toscana por su noble cuna, y aun mas por su extraordinario talento.

Al mismo tiempo advirtió Carlos el inmenso amor que sentia hácia su esposa el Gran Duque Fernando III: este noble y desgraciado príncipe luchaba hacia cinco años con su violenta pasion, la cual y á despecho de sus esfuerzos empezaba ya á romper sus diques.

Una malvada alegría inundó el alma del príncipe: á través de aquellas pasiones contenidas, pero tumultuosas, veía el divorcio; el divorcio, su sueño dorado! Dispuso una partida de caza y se ausentó por dos meses, para dejar á su esposa con toda libertad.

A su vuelta quiso hallar una distraccion en sus relaciones con Leopoldina; pero la joven camarista e tenia un verdadero y profundo horror.

En vano esperó el conde que su esposa faltase como él á las leyes de la virtud y del honor: ya hemos visto por la relacion de Leopoldina el método de vida que seguía: su amable cortesía con el Gran Duque y con Alfieri no habia llegado á inspirarles la menor esperanza: la condesa recibía á mucha gente, con especialidad á todos los extranjeros distinguidos que atravesaban los Alpes. Su afabilidad, el encanto de su conversacion y la elegancia de sus modales, atraían á su casa multitud de personas ilustres y lo mas escogido de la sociedad de Florencia.

El célebre Alfieri rehusó durante mucho tiempo ser presentado á la condesa de Albany: conocía el irresistible encanto de esta mujer y no quería sujetarse al yugo del amor; mas, al fin, vencido por su pasion, consintió en ir á su casa, dejando para siempre á los piés de la condesa su corazon y su libertad.

VII.

Poco despues que Leopoldina hubo salido corriendo del salon donde se hallaba el conde de Albany, suspendió este su paseo y dándose una palmada en la frente como una persona á quien ocurre un pensamiento feliz, se dirigió á la habitacion de su esposa, situada en el ala opuesta del edificio, al tiempo que daban las nueve en el gran reloj del palacio.

Luisa estaba ocupada en una labor de tapicería: una lámpara de plata, colocada sobre una mesa de pórvido, iluminaba su dulce y poética figura.

Llevaba un traje de raso azul, guarnecido de preciosos encajes y un rico aderezo de perlas: sus cabellos rubios levantados en bucles sobre la frente, estaban ligeramente cubiertos de polvos perfumados y entretejidos con una graciosa sarta de perlas de un tamaño muy notable, que formaba parte del aderezo.

La estancia estaba profusamente iluminada, pues Luisa era una de esas pocas mujeres que jamás olvidan lo que se deben á sí mismas.

—Señora, dijo Cárlos entrando sin ceremonia y arrellanándose en un sillón: vengo á deciros que estoy cansado de vos y que quiero que nos divorciemos.

Luisa miró á su esposo y conoció en su semblante encendido y descompuesto que hacia poco que habia cenado: por lo mismo, pues, bajó la cabeza sobre su bordado y no contestó.

—No me oís? repuso el príncipe: os quiero dejar en libertad con vuestro amante el conde Alfieri.

Palideció Luisa al escuchar este nombre: realmente amaba al ilustre poeta, y aquella pasion se habia deslizado traidoramente en su corazon vacío.

—Yo no quiero separarme de vos, señor; respondió con moderacion: no busqueis pretextos, deshonorosos para vos y para mí, para romper nuestro matrimonio: ya os dije que guardaria puro vuestro nombre.

—Es que yo no quiero vivir con vos.

—Ni yo; pero me parece que vivimos bastante separados.

—Anhelo ser libre.

—Lo sois. ¿Os pido yo cuentas de vuestras acciones?

—Ni yo de las vuestras.

—Haceis mal: yo puedo dároslo muy cumplida: preguntad.

—Amais al conde Alfieri?

—A qué viene esa pregunta?

—Le amais?

—Básteos saber que no os amo á vos; y sobra que os asegure que conservo y conservaré puro de toda mancha vuestro nombre.

—Es que yo quiero librarme de vuestra presencia, señora; lo oís?

—Marchaos, como habeis hecho otras veces: yo no os lo impido.

—Marchaos vos en tanto que entablo el divorcio.

—Yo no quiero dejar mi casa ni divorciarme; respondió Luisa con firmeza y haciendo un ademán que quería decir daba por terminada la conversacion.

—Hola! me desafiáis? exclamó el conde que, en el paraismo de su furor, no oyó entrar un coche en el patio.

—No os desafío; respondió Luisa con tranquilidad; pero sí os digo que no me sujetaré á un divorcio para el cual no he dado la menor causa.

—La daré yo, pues; repuso el conde con la fria y grosera dureza que le era habitual, y cogiendo un jarrón de China de encima de la mesa le arrojó con fuerza á la cabeza de Luisa.

Un raudal de sangre cegó á la desgraciada joven que abrió los brazos, dió un grito y cayó al suelo sin sentido.

En el mismo instante se abrió la puerta del salon y aparecieron en el umbral el anciano príncipe de Stolberg y el cardenal de York, hermano mayor de Cárlos.

El anciano tomó á su hija en sus brazos y la sacó de la estancia.

El cardenal se dirigió á su hermano, que le miraba con estúpidos ojos, le puso una mano sobre el hombro y con voz fuerte

—Príncipe Cárlos, le dijo, sois un villano! Nunca os sentareis en el trono de vuestros padres! Dios jamás os ayudará en vuestras empresas! Y morireis.... como habeis vivido!

Anonadado el conde cayó á los piés del ministro de Dios.

—Príncipe! continuó el cardenal: me llevo á Luisa, tu ángel bueno, no como divorciada, sino como reclamada por el Pontífice que la arranca á tus malos tratamientos y le da por asilo mi palacio. Así

se hará publicar por todo el orbe cristiano. Ahora que Dios tenga piedad de tí!

Salió el cardenal apenas hubo pronunciado estas palabras: cayó Carlos con la frente contra el suelo, teñido aun con la sangre de su esposa; mas en medio de su estupor oyó el rumor del carruaje que se alejaba llevándose á Luisa, á su padre, y al severo é imponente cardenal de York.

Entonces alzó los ojos y las manos al cielo y gritó con angustia:

—Solo!... solo!... ¿En dónde están los hijos que maté!...

VIII.

La separacion de la princesa Estuardo del domicilio conyugal, sancionada y llevada á cabo por el mismo Pontífice, aumentó la triste celebridad que ya habia debido á las desgracias de su matrimonio.

Luisa fué depositada en el palacio de su cuñado el cardenal de York, donde bien pronto vió al conde Victor Alfieri.

El cardenal, á pesar de su carácter severo y verdaderamente augusto, no pensó en prohibir á Luisa el trato amistoso que desde hacia seis meses seguia con el distinguido poeta: conocia la grandeza de alma de aquella noble mujer, y sabia que aquel puro amor no necesitaba para vivir radiante é inextinguible, del sacrificio de su honra.

Cuéntase que, habiendo reconvenido el Pontífice al cardenal acerca de su tolerancia respecto de aquellos amores, le contestó este con nobleza:

—Señor; en tanto que la princesa mi hermana consienta en abrigar su cabeza bajo mi techo; en tanto que Alfieri me dé la mano; no ha nacido en sus corazones un pensamiento culpable.

Un año despues de estar en Roma, leyó Alfieri delante de algunos nobles su tragedia *Bruto*, que produjo algun descontento en varios de los oyentes, y que removi6 muchos terribles odios de familia: denunciaron el autor al Pontífice: hubo quejas é intrigas; y habiendo coincidido con estos incidentes las tentativas del gran duque de Toscana para separar á Alfieri de Luisa, á la cual amaba cada día con mas frenesí y menos esperanzas, el gran poeta fué desterrado de Roma.

Partió Alfieri y fué á refugiarse á Francia: en París escribió sus tragedias *Saul*, *Agamenon*, *Bruto II*, *Agis*, *Timoleon* y *María Estuardo*; pero su carácter, siempre sombrío y receloso, y su salud, que nunca habia sido buena, se resintieron mucho de la ausencia de la condesa: esta mujer ejercia en él una influencia irresistible: su dulce voz calmaba todos los dolores de Alfieri; su sola vista amenguaba todos los arrebatos de su ira que era terrible: de ella recibia su inspiracion y sin ella su genio moria y su alma se cubria de tinieblas.

La condesa de Albany, informada de lo que ocurría, por el pintor Fabre, jóven de gran genio y amigo íntimo de Alfieri, pidió permiso al Pontífice para retirarse al convento de la Anunciatta de Nancy: conocia bien el alma grande y sublime del

poeta y estaba persuadida de que le bastaba saber que ella vivia bajo el mismo cielo y con poderla ver de vez en cuando, aunque fuese tras de las rejas de un convento.

Nueve años permaneció allí Luisa: durante ellos el gran duque pudo por fin ahogar la llama que por tanto tiempo habia alimentado, pues no es cierto que vive el amor sin correspondencia, y siguió Luisa su vida pacífica, laboriosa y ocupada en las artes y en las letras, á las cuales tenia mucha aficion.

En nada se habia alterado la dulzura angelical de su carácter; pasó de la primavera al estío de la vida sin que su belleza ni su índole sufriesen variacion alguna sensible; sin embargo, su corazon recibió rudos golpes: cuatro años hacia que se hallaba en el santo asilo que habia elegido, cuando tuvo que salir de él para recoger el último adios de su padre que la llamaba desde su lecho de muerte.

Luisa padeció mucho en esta prueba cruel: la vida del anciano habia sido abreviada por el sentimiento del martirio de su hija, y ésta vió alzarse en su alma un remordimiento eterno por no haber estimado en lo que valian los consejos de su buen padre antes de su desgraciado matrimonio.

Al cumplirse nueve años que estaba en el convento recibió una carta que decia así:

«Señora: próxima á comparecer ante el tribunal supremo necesito alcanzar el perdon de V. A. Yo sé que me lo concederá porque conozco toda la nobleza de la hermosa alma de V. A. y porque se acordará del afecto que la profesaba su pobre Leopoldina.

«Señora: poco tiempo despues de tomar el Soberrano Pontífice á V. A. bajo su proteccion y calmando el primer remordimiento de S. A. el príncipe, vuestro esposo, tuvo la debilidad de ceder á sus ruegos, ó mejor dicho, á sus persecuciones; consiguió del Gran Duque el destierro de mi prometido el vizconde Gualtero, quien ha permanecido ocho años en pais extranjero y padeciendo las crueles penalidades de la proscripción.

«Pero hace dos dias que escapó del castillo en que estaba encerrado y llegó á Florencia: penetró en el palacio de V. A. y hundi6 un puñal en mi pecho....»

Luisa, al llegar aquí, interrumpió la lectura: palideció y hubiera caído al suelo á no ver entrar en su habitacion á la abadesa seguida de un correo del Pontífice.

—Señora, dijo la abadesa; un enviado de Su Santidad para V. A.

El correo puso una rodilla en tierra y entregó á la princesa un pliego sellado con las armas pontificales.

Luisa le abrió y leyó lo que sigue:

«A la princesa Luisa de Stolberg, nuestra muy amada hija, salud:

«Sois libre: un puñal vengador ha puesto fin á la culpable existencia del príncipe Carlos.

"Adjuntos son los títulos de donación de una renta de 60.000 francos anuales que la corte de Francia me ha concedido para vos.

"Vuestro padre en Dios

"Pro VI."

El correo del Pontífice traía también otra carta del cardenal de York, concebida en estos términos:

"Carlos ha muerto, mi querida hermana: el mismo puñal que ha dado muerte á la infeliz Leopoldina, ha atravesado también su corazón.

"Sois libre de vivir desde hoy donde os parezca y libre asimismo en todas vuestras acciones; pero si creéis deberme algo, si me amais, os ruego que no dejéis nunca el título de Princesa Estuardo que tanto habeis sabido honrar.

"Os bendice y os abraza vuestro hermano

"EL CARDENAL DE YORK."

Luisa volvió á tomar la carta de Leopoldina que concluía así:

".....y hundió un puñal en mi pecho sepultándole después en el del príncipe Carlos, á quien dejó sin vida...."

Luisa cayó de rodillas y oró por los culpados, derramando abundantes lágrimas de un verdadero dolor.

IX.

La princesa pasó los primeros meses de su luto en el convento: después se trasladó á París donde se unió á Alfieri con los lazos del matrimonio bajo la condición expresa de que su unión había de permanecer secreta para complacer al cardenal, no dejando su título de viuda de Carlos Estuardo.

Sin duda por eso algunos biógrafos han considerado á la condesa de Albany como la querida de Alfieri; pero otros más exactos ó más conocedores del corazón humano, afirman su casamiento con el gran poeta, mucho más creíble que un trato ilícito, en dos seres tan nobles como el conde Alfieri y la princesa Estuardo.

Por más que os digan, amadas lectoras mías, que el vicio tiene atractivos, no lo creáis jamás; por más que os repitan que los grandes hombres y las grandes mujeres han sido siempre despreocupados ó irreligiosos, afirmad que es mentira: solo de las medianías han nacido los ateos, los viciosos: la virtud, la religión, son las únicas sendas que conducen á la gloria y á la inmortalidad.

Los sucesos del 10 de Agosto, los tres grandes años, como se llamaban entonces, la caída, en fin, del trono de Luis XVI, despojó á Luisa y á Alfieri de todo cuanto poseían en Francia; pero aun les quedaban grandes recursos, dice un biógrafo, y además el gobierno inglés creyó propio de su dignidad asegurar la subsistencia á la que había sido esposa del heredero de los Estuardos.

Regresaron á Toscana, y trece años después, es

decir en 1803 murió Alfieri en Florencia, envejecido precozmente por sus impresiones siempre fuertes y ardientes: durante este tiempo la condesa de Albany fué su ángel tutelar; padecía el gran poeta horribles dolores al hígado, y por espacio de trece meses pasó Luisa su vida sentada junto al sillón del enfermo y leyéndole en voz clara y dulce las obras que había compuesto él mismo y otras muchas de sus autores predilectos: otras veces cantaba acompañándose con el arpa, y de este modo era como únicamente conseguía que se calmasen los sufrimientos de Alfieri.

Esta valerosa mujer, al ver enfermo á su marido, no guardó ya miramiento alguno y se instaló en su casa para cuidarle y consagrarle todos los instantes de su vida, sin pensar en lo que la opinión pública pudiera decir de ella: no obstante, y á pesar de ser enteramente ignorado su matrimonio, la maledicencia respetó siempre á la princesa Estuardo. Florencia entera la adoraba por su bondad, sus virtudes y su talento.

El cadáver de Alfieri fué depositado en un magnífico mausoleo erigido en la iglesia de Sta. Cruz de Florencia, escultado por el célebre Cánova y pagado á peso de oro por la condesa de Albany.

Tres meses después de su muerte, apareció una espléndida edición de las obras del gran poeta, mandada hacer por Luisa y dirigida por el pintor Fabre, amigo de ambos esposos, y el mismo que, como ya dije, avisó á la condesa la decadencia de la salud de Alfieri cuando aquella se retiró al convento.

X.

Luisa durante los primeros meses de su segunda viudez, se vió inquieta por el gobierno francés: pasó el primer año de su soledad en el mayor retiro; y luego, viendo que seguían molestándola con una vigilancia continua, marchó á París y pidió una audiencia á Napoleón.

Tenia entonces cincuenta y un años; pero su tez se conservaba tan pura, sus ojos tan hermosos, tan rubios sus cabellos; estaba aun, en una palabra, tan hermosa, que el emperador idólatra de la belleza de las mujeres, á pesar de su aparente estoicismo, la miró asombrado.

—Señora, dijo: con razón se afirma que el talento es siempre joven y siempre bello.

—Señor, respondió la princesa: yo no soy ya más que una pobre mujer que desea la dejen vivir tranquila, y que si alguna vez ha tenido talento, hoy solo quiere conservar el de mover la piedad de V. M.

—¿Qué queréis de mí, señora? preguntó con alguna acritud el emperador.

—Quiero, ó más bien ruego á V. M. que dé órden para que cesen las persecuciones de que me veo rodeada.

—¿Me lo pedís como la viuda de Estuardo ó como la viuda de Alfieri?

Palideció Luisa, porque los ojos del monarca lanzaban rayos.

—Soy la viuda de Alfieri, respondió tras algunos

instantes de silencio y con una firmeza digna y modesta.

—Entonces, señora, participareis de las ideas republicanas y enemigas del trono que toda su vida ha profesado vuestro esposo, y extraño que me pidais una libertad que no debo concederos.

Luisa se inclinó y se dirigió á la puerta.

—¿A dónde vais, condesa, preguntó el emperador asombrado.

—Marcho á Inglaterra, señor.

—¿Os desterrais vos misma?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Porque á imitacion de Alfieri, detesto la tiranía y no puedo sujetarme á la vuestra.

—Sois una noble y esforzada mujer, dijo el emperador tomándole una mano que estrechó con fuerza: lástima que no tengais hijos!

—Señor, el talento es estéril, contestó Luisa sonriendo con la gracia encantadora que le era propia, y V. M. me ha hecho el honor de decirme que le tengo.

Una nube pasó por los ojos del emperador al ver aquella sonrisa que enseñaba una doble sarta de diminutas perlas.

—Quedaos en París, condesa! dijo á media voz y como avergonzado de su propia emocion: vivid cerca de mí! La vida debe ser muy bella junto á vos!

—Señor, Florencia me llama; dejadme volver allá y venid alguna vez á honrar mi palacio.

—Me recibireis?

—Oh, señor! os recibiré y enseñaré, ya que no tengo hijos para los ejércitos de V. M., los hijos de mi ingenio.

—Haceis versos?

—Inspirados por vos y para vos solo!

—Iré; respondió Napoleon besando con trasporte las manos de Luisa.

Cuando hubo salido esta, murmuró.

—Oh, qué mujer! por la primera vez la fama no ha mentido!

XI.

Algun tiempo despues de esta entrevista y en una hermosa noche de estío, Luisa sentada junto á la ventana de su gabinete, aspiraba los perfumes de innumerables flores que morian en vasos de pórfido.

A su lado el pintor Francisco Javier Fabre la miraba con tristeza.

—No penseis en eso, Javier, dijo ella tras algunos instantes de silencio: no quiero volverme á casar: mis dos primeros matrimonios tienen escusa; creí amar á Carlos y quizá le amé mucho; pero su conducta mató mi amor: hallé en Alfieri la realidad de mi ideal y le amé tambien; por eso me volví á casar: mas á vos os estimo como á mi amigo y no puedo casarme.

—Ya sé que no me amais, Luisa; repuso Javier tristemente; pero os amo yo y deseo pasar á vuestro lado mi vida. Oh! no sabeis desde cuando os amo!...

—Vaya, decídmelo.

—Desde el dia primero que os ví! Era ese amor voraz que algunos adolescentes conciben por una mujer que puede ser su madre.

—Y no se ha apagado?

—No.

—Pues, hijo mio, mi edad ya no es á propósito para inspirar amores; repuso Luisa sonriendo: tengo mas de cincuenta años!...

—¿Qué importa si sois tan bella? ¿Qué importa si vuestro corazon es tan sensible, vuestra alma tan elevada, vuestro talento tan encantador, vuestra imaginacion tan fresca?

—Vamos, Javier, olvidad vuestras locuras.

—Me despedís?

—Si no mudais de conversacion, sí: idos y dejad que ruegue á Dios, como lo hago todas las noches, por el alma de Alfieri: ya sabeis que tengo mi sepulcro abierto en el mismo mausoleo que el suyo y que él mismo dejó escritos antes de morir nuestros dos epitafios: pronto iré á ocupar mi sitio á su lado!

Javier nada contestó y salió silencioso y sombrío.

—Este hombre me da pena, murmuró Luisa: extraño destino el mio!

Seis meses despues se casaba con Javier, agonizante por los inútiles esfuerzos que habia hecho para ahogar aquel amor.

A los dos meses de celebrado su matrimonio dejó Javier el lecho mas fuerte, mas contento, mas feliz que nunca; y sus obras adquirieron bajo el influjo de Luisa un sello de belleza radiante é inmortal.

XII.

Luisa hizo su testamento á los sesenta y cinco años de su edad, dejando heredero á Javier de todos sus bienes y de todos los libros, manuscritos, cuadros, esculturas y otros objetos de arte, que á su vez habia heredado de Alfieri.

Todavía vivió siete años, sin embargo; la edad, al robarle su belleza, le dejó la augusta expresion de un alma incomparablemente hermosa y de una conciencia purísima: no la robó tampoco el tiempo el cariño de Javier, cuya pasion no hizo mas que variar de carácter: en tanto que vivió la condesa fué su consejera, su amorosa amiga; y cuando murió iba á postrarse ante el mausoleo, donde descansaba al lado de Alfieri, para pedirle inspiracion.

Luisa falleció á los setenta y dos años de su edad: aun estaba hermosa en los últimos meses de su vida con sus cabellos blancos como plata cayendo en largos rizos, y sus ojos negros llenos de ternura.

Esta admirable mujer debió su celebridad, menos á su alto nacimiento, que á sus desgracias, á sus virtudes y sobre todo á las inmensas pasiones que supo inspirar: su amor hacía el gran Alfieri y el que éste la profesó, elevaron mas que nada el pedestal en que descansa su augusta sombra tan regiamente virtuosa, tan soberanamente bella.

No profanó el amor cuando la edad empezó á marcar en sus facciones su destructora huella: de los veinte años que estuvo casada con Fabre, diez

y ocho fué su amiga: su carácter noble é ideal no podía permitir entre ambos mas estrechas relaciones.

Habia vivido como una mártir y murió como una santa en Florencia el 29 de Enero de 1824.

Fabre no volvió á amar: colocó los retratos de Luisa y de Alfieri en la galería de Florencia, detrás de los cuales hay escritos dos excelentes sonetos de la mano del gran poeta.

El tercer matrimonio de Luisa fué tambien secreto; pero Napoleon lo supo y durante un año estuvo devorado por una negra melancolía.

Luisa demostró que el corazon es como el cielo: en aquel caben muchos amores como en este se multiplican los sitios á medida que hay mas ángeles; pero, como los ángeles en el cielo, los amores en el corazon tienen tambien sus gerarquías.

FIN DE LA LEYENDA PRIMERA.

UN VIAJE REDONDO.

(CONTINUACION).

V.

EL PELAYO RECALA AL PUERTO DE LA HABANA,
DESPUES DE 51 DIAS DE NAVEGACION.

Despues de abandonadas las costas setentrionales de España, el *Pelayo* continuó felizmente su viaje á través del Océano Atlántico, favorecido á la vez por el viento y las corrientes, y hacia ya veinte dias que no se veia en torno del bergantin mas que cielo y agua.

Durante este tiempo no habia ocurrido á bordo novedad alguna, digna de una mencion especial.

El mareo habia cesado por completo al quinto dia de navegacion, y los pasajeros de proa despachaban todos y con excelente apetito las dos galletas y la escasa racion que les suministraban á las diez de la mañana y á las cuatro de la tarde. El vino, que segun las ofertas del armador no debia faltarles en ninguna comida, se fué escatimando progresivamente, hasta concluir por no beberlo mas que los domingos, en atencion sin duda á la solemnidad del dia, y cada vez mas adulterado.

Colocada el agua en pipas mal acondicionadas, mal limpias y conteniendo unos residuos del aceite ó grasa de ballena de que habian estado llenas, principió por enturbiarse y concluyó por corromperse enteramente, hasta el punto que no era posible beberla sin oprimir la nariz con los dedos antes de llevar el tanque á la boca.

La sed es una de las molestias que el hombre no puede resistir por mucho tiempo: el buque no llevaba destiladores ni aparatos de ningun género para filtrar el agua; y si bien con repugnancia en un principio, todos los pasajeros se fueron al fin con-

formando con beberla en el malisimo estado en que se hallaba.

Debemos confesar sin embargo, en honor de la verdad, que la que se servia á la tripulacion y á las gentes de la cámara, si bien turbia tambien y poco agradable á la vista, no era tan repugnante al paladar, y las pipas que la contenian estaban cuidadosamente guardadas.

Cuando todos los pasajeros de proa estuvieron en disposicion de subir por sus piés sobre cubierta, se aseó algun tanto el sollado á fuerza de escoba y baldes de agua, con lo cual se mejoraron por entonces sus condiciones higiénicas.

Pero como aquel reducido local estaba habitado por ciento veinte personas, muchas de las cuales, bien por desaseo, bien por carecer de ropa ó porque los marineros no habian querido tomarse el trabajo de sacarles de la bodega sus arcas ó baules, traian aun encima la misma camisa y el mismo vestido con que habian salido del puerto. Fácilmente se comprende cómo irian aquellos infelices á los veinte y dos dias de viaje, y cuánta miseria no pulularia por el reducidísimo recinto que ocupaban.

Los buques que navegaban entonces en la carrera de América no se cuidaban, salvo muy raras excepciones, de llevar á bordo mangas de ninguna clase para renovar el aire, y aunque la boca de escotilla habia permanecido franca tanto de dia como de noche, el aire encerrado en el sollado del *Pelayo* estaba tan corrompido, que parecia milagroso que aquellas pobres criaturas no se hubiesen asfixiado. Y esto nos dará una idea de los sufrimientos que nuestra flaca naturaleza puede llegar á soportar.

Aquellos ciento cuarenta pasajeros de proa que al embarcarse gozaban de muy buena salud y de la agilidad y la alegría propia de sus años, se hallaban entonces pálidos, macilentos y casi desfallecidos; apenas asomaba la sonrisa á sus labios mas que cuando al abandonar por unos momentos el oscuro y reducido calabozo en que venian encajonados, respiraban sobre cubierta la pura y vivificante brisa del Océano, ó al ver asomar por las puertas del fagon las ollas de rancho.

¿Ni qué otra cosa podia esperarse atendido el local en que se les tenia, la escasez del alimento que se les suministraba, el mal estado del agua que bebían, la inmundicia de que se veían cubiertos, y los golpes y chicotazos con que por el mas insignificante motivo se les atormentaba á cada paso, sin dejarles siquiera el derecho de lamentarse de su suerte?

Y este mal trato que los pasajeros de proa recibían á bordo del *Pelayo* era el mismo que se daba entonces en todos los buques de la carrera de América, y el que se sigue dando en el dia, salvo algunas excepciones por desgracia, á pesar de que el gobierno, atendiendo aunque tarde á las repetidas indicaciones que sobre el particular se le hacian por las autoridades de las colonias y por los agentes consulares que tiene la España en los estados independientes del Nuevo Mundo, obliga en la actualidad á los armadores á depositar catorce duros por cada uno de los pasajeros que llevan sus bu-

ques, para responder con ellos de las quejas que contra los capitanes se puedan producir.

No diremos que la responsabilidad establecida por este medio sea completamente ilusoria, puesto que alguna vez se les ha exigido ya; pero teniendo en cuenta la corta edad de la mayor parte de los pasajeros, el ningún conocimiento que tienen de sus derechos, la falta por lo general de personas que se interesen por su suerte en el punto de llegada, y conociendo además la triste situación á que se ven reducidos muchos de estos infelices en los primeros días de estancia en el suelo americano, fácilmente se comprenderá el por qué, á pesar de seguir recibiendo un trato malísimo, solo en muy raras ocasiones se han producido contra los capitanes quejas de esta clase.

Mientras se permita llevar á bordo mas gente de la que deben y pueden admitir razonablemente los buques en sus localidades útiles; mientras no se examinen estas por las autoridades de marina, y se reconozcan escrupulosamente los cascós de la aguada y la cantidad y calidad de los víveres; mientras no se obligue á los capitanes á llevar mangas de ventilación para los sollados, y mientras no se hagan informaciones obligadas y de oficio en los puertos de recalada, no se conseguirá la completa extirpación de un mal que tan funestas consecuencias ocasiona.

Nuestros lectores dispensarán, que arrastrados por el amor que la humanidad nos inspira, nos háyamos engolfado por unos momentos en consideraciones, ajenas en cierto modo á la índole de aqueste trabajo.

Los pasajeros de popa, aunque mejor que los de proa, no van tambien como esperaban. Sus comidas han ido disminuyendo en abundancia y variedad á medida que disminuían los víveres frescos que el *Pelayo* habia sacado del puerto, sirviéndose ya únicamente en la mesa de la cámara arroz y bacalao, habichuelas y carne salada, y por postres avellanas y queso de Flandes. Los domingos se les daba además y como por extraordinario, un principio de gallina y una copa de vino generoso.

Si los marineros, para matar el tiempo ó con el fin de atender á su regalo se dedicaban á pescar cuando el estado del mar y las faenas de á bordo lo permitían, se reemplazaba el bacalao con el pescado fresco, y si la pesca era abundante, todos á bordo participaban de ella, con gran contento de los pasajeros de proa, que sacaban, como se dice vulgarmente, la tripa de mal año.

A los pocos días de navegación, cansados los dos oficiales del ejército de Cuba de tener en sus catres á los niños, pidieron al capitán que bajo cualquier pretexto los pasase á proa; y éste, sin tener en cuenta que habian pagado su pasaje para ir en la cámara, sin detenerse ante la consideración de las penalidades y sufrimientos á que indebidamente los exponía, los llevó á aumentar el número de los infelices que ocupaban el sollado, sin que nadie hubiese protestado contra aquella medida tan arbitraria como injusta; pues si bien el piloto Pumarino se habia permitido hacer algunas objeciones, un—

yo lo mando—de su jefe le impuso silencio.

Uno de aquellos niños era hijo de una pobre viuda que acababa de perder á su esposo, pasando del bienestar á la miseria, y que habia agotado los escasos recursos con que contaba para que el hijo de sus entrañas no echase de menos durante el viaje las comodidades á que estaba acostumbrado.

El señor Miranda, única persona en el buque á quien el capitán guardaba consideraciones, hacia cuatro días que se hallaba enfermo y presa de un delirio espantoso que hacia temer por su vida, y no pudo interceder por las cuatro víctimas del egoísmo de los dos oficiales y de la criminal condescendencia del jefe del buque. Una indisposición lijera, que combatida en su principio por los medios que la ciencia aconseja, hubiera podido soportar de pié, le puso al borde del sepulcro.

El *Pelayo*, á pesar de estar terminantemente prevenido que los buques destinados á conducir pasajeros á nuestras colonias lleven un médico-cirujano con títulos bastantes para ejercer debidamente su profesión, tenia á su bordo un mal sangrador, que de todo entenderia menos de cirugía y medicina; pero que cubria aquella plaza con poco dispendio para el armador, gracias á la indolencia con que miraban entonces y miran aun por desgracia un asunto de tanta trascendencia algunas autoridades de marina poco celosas en el cumplimiento de sus deberes mas sagrados.

El pasajero que tiene la desgracia de caer enfermo en uno de estos buques, puede estar seguro de pasar á mejor vida, con permiso del físico de á bordo, si su propia naturaleza no se encarga de salvarle.

El botiquín que deben llevar por ordenanza es por lo general muy escaso de medicamentos, y los pocos que contiene, sobre ser mal elegidos, son muchas veces inútiles por falta de una persona que sepa aplicarlos ó suministrarlos con acierto. No hay interés en prodigar á los enfermos los cuidados y las atenciones que su estado reclama, y hasta suele acontecer que un pasajero se muere, despues de haber permanecido algunos días tendido en su lecho, sin que el capitán haya tenido noticia de la enfermedad, si alguno de los camaradas que duermen á las inmediaciones del paciente no se cuida de ponerla en su noticia.

Cuando se distribuyen los ranchos nadie se cuida de pasar lista, nadie procura averiguar la causa de la ausencia de los pasajeros que no se presentan á despachar su ración.

En la cámara no puede llegar aquel caso, porque el capitán y el piloto duermen en ella; pero tanto á popa como en el sollado, los pobres enfermos se miran á todas horas en un completo abandono, si alguno de sus camaradas no se tomaran por cariño ó por humanidad el trabajo de acompañarles y servirles de enfermeros.

Y muy mal lo hubiera pasado el comerciante de la Habana, si Casimiro no se hubiese constituido desde un principio en su asistente, cuidándole á todas horas, pasando noches enteras velando á la cabecera de su catre y prodigándole cuantas atencio-

nes estaban en su mano, con el mismo cielo, con la tierna solicitud que lo hubiera hecho con la persona para él mas querida.

Este proceder por parte de un jóven de tan pocos años, unido á la inteligencia natural y al amor al trabajo que tan marcadamente se advertian en el hijo de la viuda de Pumarino, llegó á cautivar al señor Miranda y á engendrar en su alma noble y reconocida un cariño hácia aquella pobre criatura, cuya historia había escuchado con interés al piloto. Pasaba con él horas enteras durante la convalecencia, hablándole de su madre y distrayéndose agradablemente en oír los cálculos y los planes que aquel niño se formaba para el porvenir.

El *Pelayo* lleva ya treinta y cuatro dias de navegacion sin el menor contratiempo; se hallaba á los 25° 30' de latitud N. y á los 65° 24' de longitud O. del meridiano de San Fernando, y segun los cálculos del capitán y del piloto, tardarian cuando mas cuatro ó cinco dias en descubrir la tierra de Abacú, que era el punto americano que de comun acuerdo habian elegido los dos marineros para la realada. En este pronóstico entraba, como era de suponer, la circunstancia de que el tiempo continuase siéndoles favorable.

El bergantin habia dado principio á la singladura 35 con todo aparejo portable, mar bella, cielo y horizontes completamente limpios, é impelido suavemente por un S. E. regular que le permitia correr de siete á ocho millas por hora con rumbo O. N. O., y en tal situacion continuó navegando hasta la caída de la tarde.

Apenas puesto el sol se notaron por el tercer cuadrante del horizonte algunas fajas rojizas que se iban tornando en gruesos y apiñados semblantes de color negruzco á medida que aquel astro descendia, y entre los cuales se dejaba ver por intervalos algunas claras luminosas de un color amarillento lívido, que infundian á la tripulacion del *Pelayo* sinistros temores.

A la fresca brisa que habia hinchado durante la tarde las velas del bergantin, sucedió de repente una calma chicha y sofocante que apenas permitia respirar con libertad, y á merced de la cual las velas enteramente caidas azotaban los palos y los aparejos produciendo un ruido infernal.

Las olas, que momentos antes corrian ligeramente convirtiéndose en blanquísima espuma al chocar unas con otras ó contra la proa y los costados del buque, fueron perdiendo gradualmente su velocidad y su volumen hasta el punto de quedar la superficie del Océano enteramente inmóvil y cubierta de un tinte oscuro, que ni el menor copo de espuma matizaba. Al mismo tiempo se oía á lo lejos y como saliendo de las regiones submarinas un ruido sordo y confuso en un principio, pero que cada momento se percibia con mas claridad y mas imponente.

La tripulacion del *Pelayo*, y sobre todo el piloto Pumarino que habia navegado mucho en aquellos mares, no pudieron engañarse sobre la intensidad y la fuerza del temporal que se les venia encima por momentos, y hasta los pasajeros que se halla-

ban sobre cubierta contemplaban aquel repentino cambio del tiempo, poseidos de pánico terror, y fijaban sus espantados ojos en los semblantes del capitán y del piloto, que mudos é inmóviles no apartaban la vista del horizonte.

Las nubes cada vez mas gruesas y oscuras principiaban á elevarse á manera de montañas móviles, y se presentó una espesa niebla por el S. O., aunque á bastante distancia.

El huracán se venia encima con una rapidez y una violencia extraordinarias, y no habia un momento que perder.

Una orden del capitán, pronunciada con terrible acento, obligó á todos los pasajeros á bajar á la cámara y al sollado; se cerró enteramente la entrada de la primera, se colocaron los cuarteles en la boca de escotilla, y se obligó á los que hasta entonces habian dormido sobre cubierta á encerrarse en el camarote de la tripulacion. El puente quedó enteramente libre en menos de diez segundos.

La niebla se acercaba por instantes; las nubes cubrian ya todo el firmamento; el ruido aumentaba y se oía cada vez mas distintamente, y las olas principiaban á agitarse de nuevo de una manera extraña. El bergantin conservaba aun todas sus velas, y las sacudidas eran terribles.

Con una presteza que indicaba bien la proximidad y lo terrible del peligro, se recogieron las alas y las rastraderas, se arriaron los foques, se cargaron la bergantina, la cangreja y la mayor redonda, y toda la gente se lanzó á las jarcias con una agilidad imponderable.

Diez minutos despues se habian bajado los juanetes y los sobres, se habian calado los mastelerillos, se habian tomado tres rizos á las gavias, dos al trinquete y el suyo á la trinetilla, y toda la gente se hallaba de nuevo sobre cubierta, fija la vista en el capitán, como si tratasen de adivinar sus pensamientos para anticiparse á ellos.

El viento habia arreciado por entonces de una manera sensible, y su violencia aumentaba por instantes; la niebla habia envuelto el Océano en una oscuridad espantosa; el ruido, antes lejano, se sentia ya á muy corta distancia, y la mar habia engrosado de tal modo, que el bergantin desaparecia entre montes de agua como si se sepultase en el abismo, y reaparecia de nuevo en la cumbre siguiendo el impulso y la direccion de las olas, y hundiéndose á menudo la proa en aquellas inmensas moles de líquido, que rompiéndose al choque, inundaban y barrian de proa á popa la cubierta del *Pelayo*.

—¡Llevamos demasiado trapo!—exclamaba Pumarino y con él la mayor parte de los marineros, al notar que el viento y la marejada iban á mas. Y aunque el capitán se hacia sordo en un principio á estas prudentes indicaciones, tuvo que mandar al fin que aferrasen el trinquete y la gavia, porque los golpes de mar se tragaban el buque.

Los pronósticos que se hacian en el puerto sobre las propiedades marineras de éste, estaban muy lejos de ser una quimera fraguada por la maledicencia y por la envidia. La mala colocacion

de sus palos y el peso desproporcionado de su aparejo de proa le obligaban á hundirse mas de lo que á su seguridad convenia, hasta el punto de que la figura de un guerrero antiguo en que terminaba su gracioso tajamar, besaba sin cesar las olas.

Verdad es que la marejada era una marejada espantosa, y que el viento soplabá ya con terrible violencia.

—¡Llevamos aun mucho trapo! ¡Debemos cargar el velacho y calar el mastelero para quitar peso al palo trinquete!—Exclamaba el piloto advirtiéndole que el huracan estaba encima.

El capitán se estaba riendo de lo que él llamaba una cobardía de su segundo, cuando una horrible racha de viento que cogió el bergantín casi de costado, dobla al *Pelayo* como un mimbre, hasta tocar en el agua con los penoles de las mayores, y la proa desaparecía enteramente entre la espuma de una ola inmensa que rompió por la mura de babor: el buque estaba zozobrando.

El capitán y dos de los marineros mas robustos se arrojaron sobre la caña del timón; se aventaron al instante las escotas del velacho y de la trinqueta, y Pumarino corrió hacha en mano dispuesto á picar el palo trinquete; pero no fué necesario.

Después de un momento de vacilación, libre el *Pelayo* de la presión que el viento ejercía en sus velas, é impulsado por un nuevo golpe de mar menos violento que el anterior, logró tomar de nuevo su posición vertical.

Grandísimo había sido el peligro; el jefe del buque se convenció de que las insinuaciones del piloto no eran inspiradas por el miedo, y convino por fin en arriar el velacho y calar el mastelero de proa.

Estas maniobras se llevaron á cabo con una celeridad y una precisión admirables; se clavaron definitivamente las escotillas, por las cuales asomaban alguna que otra vez los pasajeros, levantando, cuanto sus fuerzas se lo permitían, los cuarteles con gran peligro de que la bodega se inundase, y el *Pelayo* siguió por espacio aun de veinte y cuatro horas siendo el juguete de las olas, ciñendo el viento con la mas pequeña de sus velas triangulares, y aun esta reducida á la última expresión y trabajando horrorosamente.

Las gentes de á bordo, una vez pasada la inminencia del peligro, se dedicaron á picar constantemente las bombas, porque el buque, aunque nuevo y sólidamente construido, á cuyas circunstancias debió indudablemente su salvación, hacia agua como una cesta de mimbres.

Una serie no interrumpida de chubascos que cayeron durante la primera mitad de la noche siguiente, descargaron algun tanto la atmósfera; los horizontes se fueron despejando durante la otra mitad; el viento se llamó al E. S. E. poco después de la salida del sol, y la marejada fué calmando, hasta el punto de que al dar principio á la singladura 37, el *Pelayo* surcaba el Océano cargado de velas hasta los topes, y la tripulación se había entregado en su mayor parte al descanso, después de treinta y seis horas de incesantes y penosísimas fatigas.

Como durante todo este tiempo los marineros

SETIEMBRE.

solo habían pensado en salvar al bergantín del naufragio, ni se habían encendido las hornillas, ni hubiera sido posible, aun cuando se deseara, levantar los cuarteles de la escotilla sin exponerse á un siniestro, los pasajeros de proa permanecieron encerrados en el sollado sin un cacho de galleta que llevar á la boca, sin una gota de agua con que apagar su sed, casi asfixiados por falta de aire, sumidos en una oscuridad espantosa y presa de horribles temores sobre la suerte que en medio de aquella furiosa tempestad les esperaba.

Fácil es alcanzar cual seria su regocijo cuando abierta de nuevo la escotilla pudieron respirar al aire libre, disfrutar de la luz y persuadirse de que el peligro había cesado por completo. Aquellos infelices contentísimos con haber escapado de las garras de la muerte, se arrojaron á devorar con ansia su ración de arroz y bacalao y á beber el agua corrompida, que les pareció entonces mas pura que si acabasen de sacarla de un copioso manantial.

Pero no todos se presentaron sobre cubierta.

Tres días hacia, cuando el temporal descargó su furia sobre al *Pelayo*, que dos de aquellas desgraciadas criaturas permanecían tendidas en su lecho, acometidas de una fiebre tifoidea bastante aguda, sin que ninguno á bordo hubiese pensado en examinar su estado, y en prodigarles los auxilios que su dolencia reclamaba.

Atendidos regularmente en tiempo oportuno, á pesar de los escasos medios que el buque podía ofrecer, hubieran quizás vivido; pero encerrados allí entre sus ciento veinte compañeros, sin el menor medicamento que cortase al mal sus progresos, y respirando un aire corrompido por espacio de tantas horas, al abrirse la escotilla se notó que los infelices habían cesado de sufrir.

Se subieron sus cadáveres calientes aun sobre cubierta; se envolvieron y trincaron reunidos en un trozo de lona usada; se les amarró á los pies un galápago de plomo; el capitán murmuró sobre ellos en medio de un silencio sepulcral la oración de difuntos, y cuatro robustos marineros subieron el bulto por encima de la obra muerta y le arrojaron al agua. El mar se abrió para recibir aquellos dos cuerpos inertes; se volvió á cerrar de nuevo y todo quedó concluido.

Quizá en aquel momento dos pobres familias de labradores formarían los cálculos mas halagüeños sobre su suerte futura, confiadas en los dos infelices que yacían inanimados en el fondo del Océano, sirviendo á los peces de pasto.

Este desgraciado accidente sembró por de pronto el terror entre los pasajeros y se derramaron algunas lágrimas durante aquella tarde. A la mañana siguiente no se hablaba ya de los finados.

A la tormenta espantosa porque acababa de pasar el *Pelayo*, sucedió una calma chicha que le tuvo cerca de diez días sin que adelantase en su navegación treinta millas.

Los rayos del sol caían casi perpendicularmente sobre cubierta; las costuras del puente se abrían á pesar de los toldos y de un baldeo repetido cada dos horas, y los pasajeros se hubiesen ahogado en

el sollado entre el calor, la inmundicia y el aire fétido que allí se respiraba, á no haber permitido el capitán que la mitad de ellos permaneciesen arriba constantemente, relevándose cada cuatro horas, y obligándolos á lavarse tres ó cuatro veces al día.

Como la calma no llevaba trazas de cesar, se les fué acortando la ración de galleta, por temor de que se concluyesen las pocas que quedaban, hasta el punto de no darles mas que media en cada comida, y el agua llegó á faltar casi por completo; y si no sucedió lo mismo con los demás víveres, no se debió ciertamente á la prevision del armador, que tan mezquino se había mostrado al surtir al *Pelayo* de bizcocho y agua, sino á la circunstancia de ir el buque cargado de los artículos que se empleaban en el rancho, con el fin de vender en la Habana los sobrantes y sacar de sus ganancias lo bastante para cubrir el valor de los consumidos por la tripulación y por los pasajeros de popa y proa durante el viaje, costumbre que tienen, sin excepción alguna, los dueños de todas las embarcaciones que navegan entre España y nuestras posesiones de América.

Cuatro días mas de calma, y aquellos infelices carecerían completamente de agua y galleta.

Por fin al amanecer del día nono se presentó por el S. E. un venticillo flojo que fué refrescando durante toda la singladura; el bergantin largó alas y rastraderas por banda y banda, y á la madrugada siguiente la voz de "tierra!" dada por el vigilante de tope, vino á reanimar el abatido espíritu de las gentes del *Pelayo*.

Una hora despues se veían ya desde cubierta los Berrú, y el bergantin gobernó á todo trapo en su demanda.

Se avistaron despues sucesivamente y con pocas horas de intervalo, el cayo Estrilo y los Roquillos, dos horas antes de amanecer se distinguió en el horizonte y como á unas veinte millas de distancia la farola del puerto de la Habana, y el sol naciente mostró á los navegantes asturianos las costas de la mas preciosa de nuestras Antillas.

A la una de la tarde y despues de cincuenta y un dias de viaje, fondeaba el *Pelayo* al abrigo del castillo del Morro.

El viento sur que entonces soplabá con bastante fuerza, le impidió penetrar aquella tarde en la bahía.

VI.

LA FORTUNA ES UN BUQUE TAN LIGERO, QUE SI NO CRUZA EL APAREJO PARA ESPERAR CAPEANDO Á SUS PERSEGUIDORES, POCOS Ó NINGUNO DE LOS QUE CORREN TRAS ELLA CONSIGUEN DARLE CAZA.

El viento sur que soplabá cuando el *Pelayo* entró en el puerto de la Habana continuó reinando hasta la mañana siguiente, y el bergantin se vió en la necesidad de permanecer fondeado por espacio de quince horas á las inmediaciones del Morro.

Por la tarde, y pocos momentos despues de ha-

berse retirado la falúa de la sanidad y de haber izado el buque el pabellon nacional, que habia tenido hasta entonces á media asta, con motivo de las dos muertes ocurridas durante el viaje, se presentó al costado una lancha del puerto en que iban algunos amigos y dependientes del señor Miranda, con objeto de llevar á éste en su compañía, y evitar que pasase á bordo y tan mezquinamente alojado, una noche mas.

El comerciante no quiso dejar el buque sin llevarse á Casimiro, cuya inteligencia y buenas prendas le habian cautivado, y de cuya suerte se encargó desde entonces, admitiéndole en el número de sus dependientes.

Deseoso tambien de hacer extensiva su protección á Pumarino, cuyos conocimientos náuticos y excelentes disposiciones para el mando de un buque habia tenido ocasion de apreciar, le ofreció la plaza de capitán en una hermosa corbeta de 400 toneladas que acababa de construir, y que la destinaba á navegar entre la Habana, Santander y las ciudades libres de Alemania, poniéndole así en estado, no solo de hacer fortuna, sino de estar tambien á la mira de su sobrino.

Grande fué el júbilo con que Casimiro y el piloto acogieron las generosas ofertas del señor Miranda, y el fervor con que bendijeron á la Providencia por haberles presentado un protector tan á propósito para labrar la suerte de entrambos.

Dejemos que nuestro héroe abandone el *Pelayo* para instalarse en uno de los mejores establecimientos de ropas en la calle de la Muralla, y mientras se ocupa en escribir á su cariñosa madre, noticiándola su feliz arribo á la capital de la isla de Cuba y la buena colocacion que el cielo le habia deparado, dediquemos exclusivamente este artículo á sus compañeros de viaje, que creían estar ya tocando el término de sus trabajos y de sus sufrimientos.

Los pasajeros de proa se aprovecharon del tiempo que permaneció anclado el bergantin para despojarse de la ropa que habian vestido durante el viaje, y que fué preciso echar al agua por razones que alcanzarán perfectamente nuestros lectores, en lavarse de piés á cabeza, de lo cual tenían sobrada necesidad, y en ponerse un traje limpio.

Ninguno se acordaba ya del mal trato que habian recibido á bordo. Sus juveniles fantasías se mecían en un piélagó inmenso de halagüeñas y seductoras ilusiones. ¿Qué les importaba entonces la estrechez y la oscuridad del sollado, ni los mezquinos ranchos de arroz, habichuela y bacalao, ni la tintura de palo campeche que podia tener el vino, ni la fetidez del agua, ni los chicotes, que tanto terror les habian infundido en su larga y penosa travesía? Allí estaba la gran ciudad; allí estaba la fortuna; allí los esperaba un brillante porvenir, y sus corazones no se abrian ya mas que á la esperanza.

BALDOMERO MENENDEZ.

(Se continuará.)

FANTASIA.

ILUSION DE AMOR

POR

DON SEBASTIAN DE MOBELLAN.

(CONCLUSION.)

"He pasado una noche cruel.

"Tu carta tan triste, tan llena de fatales presentimientos por un lado, por otro el estado de mi corazón, y por todos la distancia que nos separa, causas suficientes fueron á desvelarme, y á llenar mi cabeza ya de sombrías imágenes, ya de tristes y congojosos recuerdos.

"Ah! quiera Dios ignore siempre lo horrible de estas noches en que pasado y porvenir se funden, se hacinan, se revuelven en el mismo crisol del pensamiento; en que los dolores de una época extinguida parecen el ancho camino de pesares por venir; en que la vida, en fin, congojosa de suyo, no lágrimas tiene con que llorar su desgracia, ni íntimos consuelos con que adormecer su corazón.

"Así es que al presentir mi destino.... he llorado. Tenia necesidad de esplayar mi alma siempre sombría, siempre reconcentrada, siempre silenciosa: ah! sí; necesidad grande, porque al menos, ya que no otra cosa, podía segar con ellas las casi secas hojas de mis esperanzas, las bellas, aunque marchitas venturas de mi corazón.

"Y es que esto de no estar á tu lado; de no poder contemplarte á todas horas; de vivir privado de la purísima luz de tus miradas, abate mi corazón: y como mi corazón padece cuando se abate, de aquí el origen de mi profunda tristeza.

"¿Cómo calmar esta hidrópica inquietud que me domina, que así amarga las horas de mi existencia?

"¿Cómo ahuyentar de mi pensamiento las crueles dudas que le asaltan y que tanto martirizan mi alma?

"Cada día que pasa te amo, te deseo mas que el sediento una fuente.

"Para ti vivo; por tí vivo; por tí viviré.

"Mi vida te pertenece por completo.

"Constantemente siento en mi alma el eco de tu amor; la idea en mi mente que evoca tu imagen; el fuego en mi pecho que vive de tu recuerdo.

"Y sin embargo, has dudado de mí!

"Tu carta de hoy contiene todo el propósito de abandonar mi cariño, como si no tuvieses hartas pruebas de su verdad; como si el silencio de unos días, fuese bastante omnipotente para desplomar de ese modo todo el templo de tanto amor.

"Ah! quién sabe si ese amor fabricado sobre movediza arena no se atreve á soportar con la vida de la esperanza, la vida de una constancia eterna! ¡Quién sabe si el ligero soplo de la duda, bastará á quebrantar sus cimientos y destruir su base, cuando así se bambolea al leve impulso de un pueril temor!

"Amada mía, tú sola para mí; nadie mas que tú sola.

"Nada de quejas, nada de dudas, nada de sinsabores: dime que me amas, que siempre me amarás.

"Deja hablar á tu corazón, que nadie como él dirá los sentimientos que hácia mí le animan.

"Cree en mi amor y recibe con mis recuerdos los profundos sentimientos de mi alma."

—Oh! lo que estás haciendo es horrible.

—Escucha, que pronto pienso terminar.

Las cartas que preceden, son el lamento de un alma abandonada en todas sus esperanzas; pero también en todas sus amarguras.

Presta atención.

—No, no, ya basta, ya basta.

—Eso lo diré yo.

—Pero tú no ves mi dolor?

—Antídoto es este que ha de aplacarlo por completo.

Tú lo verás.

"¡Insensato de mí cien veces que he podido creer ni un instante las perjuras protestas de una mujer! Tu carta de hoy ha sido un témpano de hielo que ha paralizado hasta las mas recónditas fibras de mi corazón!

"Miserable corazón el que como el mío, se ha podido apasionar de quien jamás le ha amado: de quien á medida que el tiempo se ha extinguido, ha ido amenguando la fidelidad jurada y prometida, de la que temiendo verse olvidada en la ausencia, tiene valor bastante para enseñar la senda del olvido.

"Sí, mil veces miserable, mil veces desgraciado quien tales desengaños palpa y aun siente en su pecho, los restos abrasados de su inextinguible amor.

"Mal haya mil veces la hora en que le sentí: mal haya mil veces, puesto que su existencia al robarme la paz, la calma, la tranquilidad, solo ha tenido valor para dejarme el desden, el infortunio, las lágrimas y la desolación.

"Los pesares de mi alma son tan profundos, que nadie que sea compasivo, será capaz de aumentarlos con el menor desvío. ¡Cómo hacerlo, si hay pesares que hasta en nombrarlos parece se hace un sacrilegio!

"Ah! y cómo has destrozado mi corazón! ¿y cómo se comprende que jamás has sentido nada por mí?

"Por qué no me desengañaste? Al menos entonces, no hubieras dejado en mi alma el indeleble recuerdo de tan inaudita ingratitud. Sé feliz, sé feliz sin embargo: al elevar hasta Dios mis plegarias, no pasará día sin que tu nombre vaya envuelto en ellas; nunca sabré pedir á Dios mas que reposo para mi alma y dichas sin cuento para tu corazón."

—Como puedes haber notado, dijo la dama, este es el postrer gemido del dolor y la última ilusión del desengaño. Ahora bien: como todo tiene su origen, voy á revelarte la carta que ella le había es-

crito anteriormente y causa en el acto de la espantosa esplosion que has visto.

En esta carta, ella no le ama ya.

Su corazon ha muerto á la esperanza y su mente á las sensaciones; es un cadáver galvanizado por el mágico poder del sufrimiento.

—Basta, basta por Dios.

—Aun no es tiempo.

—Es una venganza horrible.

—Es una justicia pronta.

—Pero, Dios mio, ¿qué delito he cometido para que así aniquilen mis ilusiones?

—La ingratitud.

—Ingrata yo?

—No lo juzgas así?

—Eso fuera condenarme y yo soy inocente.

—Frágil inocencia, la que no resiste la seducción ni el deseo.

—Dios que vé mis acciones y lee en mi alma no me condenará jamás. La virtud me servirá de báculo hasta el umbral de la tumba. Y mi último sueño no será interrumpido por los remordimientos, porque va santificado por el martirio.

—Mártir tú?

—Ah! sí: la desgracia que no ha hallado ni compasion ante sus semejantes, hallará gracia y amparo ante Dios. Mi vida es una lámpara abandonada en desierto santuario: nadie mas que el peregrino cuya frente ha sido encorvada por el sufrimiento, la ha respetado: ella, sin embargo, no alumbrará muchas alboradas sus solitarias bóvedas; el sol que la da luz, no tiene fuerza bastante para prestarle la sávia de la vida que necesita; presto morirá, y ¿quién la consagrará una lágrima? tal vez un náufrago salvado de la tormenta; acaso una madre huérfana de su hijo; quizá un mendigo herido por la tempestad: la desgracia y siempre la desgracia! por eso las lágrimas del infortunio, son mudas plegarias que los ángeles recojen para llevarlas hasta los piés de Dios.

¡Dichoso el mortal sobre cuya tumba llora y reza un desgraciado!

¡Dichosa yo, si mi juventud y mi desgracia llegan á inspirar en muerte la compasion que le fué negada en vida!

Y la hermosa y dolorida jóven cesó de hablar.

El jóven quiso arrojarle á sus piés.

La del negro antifaz le detuvo la accion.

—Aun no he concluido, murmuró: y una vez que tu insensatez te arrastra á tan vehemente deseo, contente un instante, á fin de que pudiendo comparar, te sea mas posible evaluar los quilates de su conducta para contigo. Pronto concluyo.

—No, no: esta mujer es una santa.

—Estoy en ello; pero como en el mundo nada queda impune, el castigo de su conducta no se ha hecho esperar. Obrad bien, que Dios es Dios.

—Oh! no prosigas, no prosigas. Tu acento ejerce un dominio espantoso sobre nosotros: tus palabras, como gotas de fuego, abrasan y destroran nuestros amantes corazones.

Entonces fuera de mí, delirante, embriagado, me

lanzo en pos de ella: un pliegue de su negro ropaje roza mi mano; es el momento decisivo: mi brazo rodea su talle.... mis labios van á desplegarse.... cuando el ángel, la mujer ó la vírgen se eleva sobre mí como una sombra, como una nube, como una ilusion fantástica, como el postrer reflejo de la esperanza, perdiéndose entre la flotante atmósfera del salon.

Un grito espantoso se escapa de mis labios, creo morir.... cuando abriendo los ojos y mirando en torno mio, no hallo mas que las sombras que pueblan mi estancia, ni oigo otro ruido que el que produce el viento al chocar contra las ramas de los desnudos árboles de un jardin.

Nada existia!

Habia soñado!

Nada me restaba, mas que la voluptuosa ilusion de este sueño de amor.

LA FELICIDAD.

Sueño que á el alma fatiga,
Luz que ante mí se derrama,
Voz que impaciente me llama,
Fuerza que á vivir me obliga;
Felicidad que me hostiga,
Que en pos de mí siempre va,
Que á un mismo tiempo le da
Luz y sombra á mi deseo:
Yo en todas partes la veo
Y en ninguna parte está.

Vagamente dibujada
La encuentra el alma indecisa
En el bien de una sonrisa,
En la luz de una mirada;
En toda dicha esperada,
En la que pasó importuna,
En la gloria, en la fortuna,
En lo cierto, en lo imposible;
En todas partes visible
Y no se alcanza en ninguna.

Nube azul blanca y ligera
Que á los sentidos engaña,
Y tras de cada montaña
Parece que nos espera:
En impetuosa carrera
El hombre á cojerla va;
Llega.... se fué.... siguelá,
Piensa asirla á cada instante....
La nube siempre delante
Pero siempre mas allá.

Felicidad, sueño vano
De un bien que no está en la tierra,
Ansia que en su seno encierra
Triste el corazon humano:
Tú eres la luz de un arcano,
Tú eres rayo celestial,
Término de todo mal,

Punto de toda afliccion:
Tú eres la revelacion
Del espíritu inmortal.

José SELGAS.

COMPOSICION POETICA.

UN AZAR

DEL REY CHICO DE GRANADA.

(CONCLUSION.)

26.

Siguió Boabdil intrépido, arrogante,
Por la calle de Elvira su camino,
Al frente de la turba rozagante
Desafiando al mundo y al destino;
Atrevido, impertérrito, incesante,
Ansiando nuevas lides de continuo;
Sin curarse de enigmas ni presagios,
De insensatos pronósticos ó adagios.

27.

El reluciente hierro de su lanza
Chocó al salir en la anchurosa puerta;
Quedó en ella enclavado, y su esperanza
Pudo amenguarse por la suerte incierta,
Faltando su valor y confianza,
Pues su ruina le anunciaba cierta;
Mas Boabdil con sonrisa fastuosa
Despreció la aventura lastimosa.

28.

Y al pasar por el Bairo, un nuevo agüero
Turbó también la plácida alegría
De aquella multitud de aspecto fiero
Que en su destreza y su valor confia:
Una zorra con paso asaz ligero
Ante Boabdil atravesó y huía,
Y las flechas que ufanos le arrojaron
Detenerla ni herirla no lograron.

29.

Engruesó en pos su ejército florido
Con el bravo Aliatar, que activo y fuerte
Llegó ufano de Loja decidido
A seguir de aquel príncipe la suerte;
A sostener su trono y su partido
Y en ayudarlo su poder invierte,
Como se vió en Montilla y Santaella,
Que en todas partes su valor destella.

30.

En tanto los cristianos escuadrones
En famosas contiendas adiestrados,
Desplegaban sus bélicos pendones:
Con sus cascos y petos acerados
Sus jefes de esforzados corazones

Por los llanos ó cerros encumbrados,
Al frente de sus tercios caminaban
Y á los hijos de Islam amenazaban.

31.

El insigne caudillo y animoso
Diego Hernandez de Córdoba, que altivo
Cabalgaba un overo audaz, brioso,
Con espíritu firme y decisivo,
En la diestra un venablo poderoso
Que cual rayo de Marte ostenta activo,
Con su experiencia y su saber rejía
Aquella noble grey que conducía.

32.

— Se unió el conde de Cabra conduciendo
Seis mil hijos resueltos de Veana,
La célebre jornada sosteniendo
En su briosa y su ligera alfana;
Impertérrito y firme en el estruendo,
De animacion intrépida y lozana,
Que no cedió jamás en el combate
Y que al fiero enemigo siempre abate.

33.

Todo anunciaba el trance ya cercano;
Y el Alcaide animoso y diligente
Todo lo preveía astuto, ufano,
Y enardecía á su animosa gente:
Descubrió en fin al bárbaro africano
Que avanzaba atrevido é insolente
Con su caballería numerosa
Y con su infantería estrepitosa.

34.

Dispuso Hernando á la ciudad famosa
Retroceder con gente concertada,
Reservando una parte cuidadosa
Para caer sobre la turba osada
Que la embistiese fiera y espantosa,
Y emprendió su brillante retirada;
Y engañado Boabdil siguió ardoroso
Avanzando atrevido y animoso.

35.

Corrió resuelto, despechado y fiero
En su deseo mísero, impaciente;
Llegó á Lucena que asaltó altanero
Con Muss-Abil-Gazan furioso, ardiente,
Con Hamet el intrépido guerrero
Que siempre se mostró bravo, furente;
Y desplegó toda su rabia y saña
Para dar noble cima á la campaña.

36.

Mas halló tan osada resistencia
En sus apercibidos defensores,
Que toda su arrogancia y experiencia
No los logró vencer, ni sus rigores:
Redobló sus esfuerzos con demencia,
Mas ya se oían tétricos clamores
Entre aquellos airados combatientes,
Que tímidos lidiaban é impacientes.

37.

Las firmes cebratanas colocadas
Ente troncos fuertísimos y unidos,
Con ballestas y dardos combinadas,
Lanzaban con vibrantes estampidos
La destrucción y muerte concertadas,
Redoblando sus ímpetus seguidos
Contra el menguado y débil africano,
Que al fin cedió en su deseo vano.

38.

Retrocedió Boabdil, y su emir Mussa
Se vió también acometido y roto;
Y Hamet Abencerraje, ya en confusa
Reuelta derrotado, no halló coto,
Y vió amenguar su muchedumbre ilusa,
Perdido ya el remedio ó muy remoto;
Siguió el fuerte Aguilar la arremetida,
Y el árabe emprendió su ráuda huida.

39.

Los cristianos gozosos y arrogantes
Desplegaban al viento sus pendones
Con ecos de victoria altisonantes;
Con armoniosas, plácidas canciones
Celebraban su triunfo, y los brillantes
Hechos que engrandecían sus acciones,
Y que humillaban la arrogancia insana
De la insensata turba mauritana.

40.

El ardor de los bravos campeones
Se entibió con la gloria; aquel ardiente
Combatir por altivas impresiones
Que arrebatan el ánimo infuente:
Y hasta el heroico esfuerzo con sus dones
Se anubló cual se nubla el sol luciente;
Mas el conde de Cabra sin sosiego
Volvió á encender el ya apagado fuego.

41.

"Compañeros; (clamó firme, ardoroso):
"No se duerme en el triunfo, en la victoria,
"El varón esforzado y animoso
"Cuando pisa la senda de la gloria:
"Ese contrario, ese enemigo odioso
"Que hemos vencido en nuestra fiel concordia,
"Abrumado del peso de su suerte
"Se encuentra confundido, yerto, inerte.

42.

"Al romper de la aurora, en ordenanza
"Unidos, animosos y esforzados,
"Debemos atacarlos lanza á lanza,
"Pues se hallan abatidos y asombrados:
"En misera, engañosa confianza
"Al reposo se encuentran entregados,
"Y á ese imbécil caudillo obligaremos
"Y á Lucena rendido le traeremos.

43.

"Nuestra experta y veloz caballería
"A la primera luz, fiera, cruenta,

"Deberá acometer con energía
"A esa aturdida multitud, que ostenta
"Esfuerzo que no tiene, y bazaría
"Con que en vano su orgullo se alimenta.
"Corramos pues: al campo: á la victoria:
"A completar el triunfo, honor y gloria."

44.

Y al aclararse el cielo, el bravo Argote
Con doscientos ginetes escogidos,
Acometió á los moros á gran trote
Y los halló revueltos y aturdidos:
De su esforzada lanza un duro bote
Hirió al furioso Hamet: y confundidos,
Deshechos y dispersos los llevaba
Y en todas partes el terror sembraba.

45.

El esforzado Alcaide de Lucena
El rebato siguió con mil flecheros,
Y al descubrir en la floresta amena
Los alarbes deshechos y rastreros
Rehusando combatir, y por la arena
Los restos de estandartes altaneros,
Los arrojó á un estero que salvaron
Y entre aquellos tarajes se ocultaron.

46.

No atendieron al rey, que diligente
En el mayor peligro se encontraba;
Con su ejemplo ayudaba aquella gente
Que su triste derrota ocasionaba:
Resistió el fiero choque, audaz, potente,
Del contrario que intrépido avanzaba;
Mas viéndose en el trance abandonado
Se entregó á su aflictivo é infausto estado.

47.

Inquieto, solo, y su arrogante overo
Inerte, yerto, exánime, aterido,
Cercano ya á su trance postrimero
Empezaba á ceder mustio y transido;
Descabalgóse al punto, y al postrero
Lance se apercibió, mas no rendido,
Y se engolfó entre el junco y la espadaña
De un riachuelo que cruza la campaña (1).

48.

Un peon de Lucena celebrado
En aquel sitio acometió atrevido
Al monarca infeliz, desventurado,
Que se halló maltratado y perseguido:
Con un puñal luciente, acicalado,
Se defendió resuelto y conmovido:
Martin Hurtado el Bravo se llamaba,
Y contra el rey su esfuerzo redoblaba.

49.

Otros dos se reunieron al momento,
Y unidos ya los tres, Boabdil les dice:

(1) Dicho riachuelo se llama, *De Garci-Gonzalez*.—Histórico.

"No puede resistirse mi ardimiento:
 "Llegad; yo soy el rey, harto infelice:
 "Vedme rendido, aunque con noble aliento:
 "Mi diadema, mi trono, aquí deshice:
 "Asegurad tan próspera ventura
 "Y publicad mi humillacion segura."

50.

De nuestra infausta y tormentosa vida
 El fiel de la balanza, siempre iguala
 De la dicha ó desgracia la medida;
 Tipo, que en todo trance nos señala,
 Pues á la suerte próspera y querida
 Turba el mal que la suerte luego instala,
 Y así se vió caer de su alto asiento
 A un rey que fué del pueblo monumento.

51.

En su imaginacion se presentaba
 Aquel esfuerzo relevante y vivo
 Que al granadino solio lo elevaba,
 Y aquel impulso ardiente y decisivo
 Que todas sus acciones arreglaba
 Con su entusiasmo poderoso, altivo;
 Y para mas acibarar su suerte
 Aquel azar su pensamiento invierte.

52.

El Alcaide llegó en aquel momento
 Que de cerca el alcance le seguia,
 Y al ver rendido al rey, con gran contento
 Le prodigó el respeto que debia;
 Lo animó y le endonó contentamiento;
 Y mientras de su mal se reponia
 Dispuso que á Lucena bien servido,
 Lo llevasen sus guardias atendido.

53.

El invicto Fernando cuidadoso
 Supo el fausto suceso y lisonjero,
 Que celebró con ánimo gozoso
 Y regio continente placentero:
 Dispuso que con séquito ostentoso
 Al rey Boabdil rendido y prisionero
 A Córdoba llevasen muy honrado,
 Y á Martin de Alarcon fué encomendado.

54.

Mandó tambien que al relevante emblema,
 Al blason que brillaba ya glorioso
 Y que el conde de Cabra con su lema
 Poseia tan noble y ostentoso,
 La cabeza de un rey con su diadema
 En prisiones, se uniese: y generoso
 Hizo estensivo el don, de los Donceles
 Al noble Alcaide por sus hechos fieles.

55.

Se asentó con Boabdil concordia honrosa
 Que terminó la célebre campaña;
 Que abrió el sendero á la conquista airosa
 Del granadino imperio; y cuya hazaña
 Fijó por siempre la aureola hermosa
 Que resplandee en la invencible España.

Y el Rey Chico tornó á su solio y leyes
 Tributario, y sumiso á nuestros reyes.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

DELICIAS DEL CAMPO.

A MI PADRINO.

Si llego á ir.... qué fortuna!
 cuánta cosa os contaré!
 temo seros importuna
 de tanto como hablaré.

Ya me parece que veo
 aquella estensa llanura
 donde iremos á paseo,
 y del bosque la espesura.

¡Qué placer he de sentir,
 si temprano me levanto
 cuando vea el sol salir
 y oiga del jilguero el canto!

Adelfas recojeré
 para hacer un ramillete,
 y con él adornaré
 mi modesto gabinete.

Luego me pondré á coser
 sentada junto á Teresa,
 y cuando gustéis comer
 yo misma pondré la mesa.

Así que hayamos comido
 un rato platicaremos,
 y despues vuelta al cosido
 y al caer del sol saldremos.

Veremos anochecer,
 recogerse los pastores,
 y la luna aparecer
 con sus tibios resplandores.

Ella nos alumbrará
 cuando tornemos á casa,
 y en cambio recibirá
 nuestra gratitud sin tasa.

¡Cuánto yo lo sentiria
 si esto fuera una ilusion!
 Tarde se consolaria
 mi sentido corazon.

Mas no, no: no lo será,
 porque la Virgen divina
 las preces escuchará
 de la infeliz Carolina.

C. GONZALEZ.

LA VIDA.

SONETO.

Lentos parecen los primeros años
 De la hermosa niñez; vogar queremos
 Por el mar de la vida, y nunca vemos
 Los peligros del mundo y sus amaños.

Cruzando vamos piélagos extraños
En busca de difíciles extremos,
Sin saber dó venimos ni dó iremos
Cargados de funestos desengaños.

De niños nos devora la impaciencia;
De jóvenes se vive haciendo alarde
De una ciega, insensata inexperiencia;

La ancianidad sorpréndenos mas tarde,
Y entonces nos parece la existencia
Corta, y la amamos con afán cobarde.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.

CUARTA PARTE.

(CONTINUACION.)

III.

EL RONDÓ.

'En la nevada ribera
Haré yo mi lecho y cama;
Haré yo mesa y foguera
De ginestas y retama:
Cobijarme hé con la rama
De una zarza solambra,
Y toda la noche entera
No cesaré de llorar."

I. de Linares, Cancionero.

Difícil, si nó imposible, seria hacer comprender al lector todo lo que Elena experimentó cuando al abrir los ojos en su miserable lecho, pudo distinguir la dorada copa que colocada sobre la mesita de pino, se alzaba como una reina entre los objetos tan mezquinos como heterogéneos que la rodeaban.

Con una alegría que aun tenía mucho de infantil, limpió cuidadosamente la mesa, descubrió la copa, examinó los castillos que la flanqueaban, y la colocó de nuevo con aire de triunfo encima de la mesita entre el devocionario y la viejecita de yeso, en la que apenas había reparado nunca.

De repente se paró, y sus rodillas se agitaron con un temblor muy parecido al escalofrío.

Hasta entonces Elena había pagado su lavandera y sus insignificantes gastos del producto de sus veladas, que ahora pertenecían por largo tiempo á la Súdica.

Era preciso arbitrar algún medio de pagar á la

lavandera, de surtir de tabaco á la pobre ciega para quien la garapiña era media vida, de subvenir á todas esas pequeñeces que exige aun la existencia mas miserable, y sobre todo comprar papel para continuar sola su aprendizaje, ahora que su bronceada joya la prestaría un entusiasmo creciente para seguir adelante con su empeño.

Elena no podía ocultarse á sí misma que en aquellas circunstancias, tal vez le hubiera sido mas provechoso haber obrado con mas cordura; pero estaba tan alegre con su preciosa adquisicion, eran tantos los castillos que ella formaba sobre los de la escribanía, que despues de reflexionar algunos instantes, aceptó resueltamente su compromiso proponiéndose sacar de sus privaciones y sus vigiliass, el equivalente que podía haberle dado la Súdica en cambio de su trabajo.

—Oh! mi madre nada sufrirá por mi causa: murmuró echando sobre la pobre ciega una mirada de compasion: por fortuna ¿no voy acostumbrando mi estómago á la mas rigurosa continencia? pues bien; dentro de pocos meses, de pocos dias tal vez, habré resuelto el gran problema de alimentarme solo con agua fria, y mis anhelos desatentados y mi organizacion rebelde se calmarán, porque como dicen los libros sagrados, "La templanza física conduce á la templanza moral."

Y Elena, que ya no había cenado la noche anterior, se puso á trazar sus palotes con una fe, con un entusiasmo, que la hacia olvidarse por completo de los estremecimientos nerviosos que azotaban de cuando en cuando su estómago vacío.

Cuando se hallaba ya recojiendo sus planas para trasladarse á la escuela como de costumbre, la Súdica, que no descuidaba un momento sus intereses, entró en la cabaña con las camisas cortadas ya y envueltas en un pedazo de mortaja de franciscano.

Elena apartó la vista sin poder reprimir un ligero movimiento de terror.

La Súdica sacudió con la mayor naturalidad el pedazo de hábito, y se lo pasó por la frente cubierta de sudor.

Elena, que como toda mujer de quince años, no podía menos de rendir tributo á esa graciosa coquetería que forma entonces el principal encanto de la vida, se puso á trenzar sus largos y sedosos cabellos frente á un pedazo de espejo de forma irregular, y cuyo azogue iba rápidamente desapareciendo del cristal.

—Voto vá, botones! exclamó vivamente la Súdica, que no será en mis dias cuando una cara como la tuya se mire en ese cacho de espejo que ni es ya carne ni pescado.... eso no, que todavía tengo yo en mi casa un espejillo que me dió en Plasencia el cabo de la compañía de cazadores de Talavera que *anidaba conmigo entonces*. Que no te se figure á tí que porque ahora me visto de lana fuí siempre carnero.... nada de eso.... y todavía me acuerdo de que se marchaba el regimiento aquella misma noche y que *todas* fuimos llorando tras ellos hasta un cuarto de legua fuera de la ciudad, desde donde los oficiales nos hicieron dar la *güelta* poniéndonos el cuerpo como un San Lázaro. Uf!! y á lo que hemos

venido á parar despues de habernos huido tanto en nuestras *jumentudes*.

Y la Súdica sofocada por el recuerdo de la soberana paliza que *todas* habian llevado en las afueras de Plasencia, empezó á hacerse aire con el pedazo de mortaja, en tanto que Elena confusa y avergonzada no se atrevia á levantar los ojos, ni hallaba palabras con que dar gracias á Pepita la Súdica por su generosa oferta.

Elena no podia en verdad darse cuenta de lo que la pasaba. Nunca Pepita se habia permitido en su presencia semejantes conversaciones, y nunca tampoco le habia demostrado tanto interés, tan inusitada generosidad, sino que por el contrario tan alta rayaba en Candás la nota de su ruindad, que entre los pescadores era moneda corriente el proverbio "Eres más ruin que la Súdica."

¿Habia dado acaso ella misma origen á las libertades que aquella mujer se permitia en su presencia y que destrozaban por su cinismo los delicados oídos de la espiritual pescadora?

No: Elena recorrió con la mayor escrupulosidad su vida entera, analizó rigurosamente todas sus acciones, y no hallando en ellas nada de reprehensible, empezó á creer de buena fe en el cariño de la Súdica, apreciando en mucho sus desinteresadas y sinceras ofertas.

Elena tomó de mano de la Súdica las camisas, las guardó cuidadosamente en su arcon, y dándole de antemano las gracias por el espejillo, se encaminó apresuradamente á casa de su tia, en tanto que la Súdica con su mantilla de bayeta negra caída sobre los hombros, se encaminaba hácia la iglesia donde estaba ya comenzando la misa mayor.

—Anda! anda! pensaba Pepita en tanto que mojando los dedos en agua bendita hacia con ellos la señal de la cruz en la frente de la calavera que estaba enclavada sobre la pila, y los llevaba devotamente á sus labios.... y luego crea V. que solo animan á monseñor los sentimientos caritativos! sí, sí! buenos ojillos tiene la Gaviota para castidades! Hi!.... hi!.... hi!....

Y prorumpiendo en una risilla de bufo peculiar á ella sola, se dirigió hácia el altar mayor á cuyo pié se arrodilló poniendo los brazos en cruz durante la misa.

Elena pasó todo aquel día preocupada con la idea de la preciosa joya que acababa de adquirir, y cada vez que recordaba la antigua escribanía de hoja de lata de la Soberana, se consideraba tan feliz como el mas poderoso de la tierra, anhelando por momentos que llegase la noche para entregarse con toda la libertad, con todo el deseo de su alma á sus ocupaciones favoritas.

Aunque con demasiada lentitud para la impaciente Elena, la noche llegó al fin, y despues de haber rezado el rosario con el mayor recojimiento acompañada de su madre y de la desconsolada Relumbranta, que se retiró sollozando á su miserable cabaña, colocó sobre una mesita de pino, estremadamente limpia que habia cerca del hogar su preciosa escribanía, y poniéndose de rodillas junto á

ella empezó á llenar unas cuantas cuartillas de papeles, con tanta fé y con tan decidida voluntad, que hacia ya mas de tres horas que la Polvorosa roncaba profundamente, cuando la solitaria Elena recordó que habia pasado ya mucho tiempo desde que las risotadas de los que salian de la tertulia habian anunciado que los relojes de la Mariscala marcaban las once.

En su innata delicadeza Elena encontraba muy grotesca la colocacion de la escribanía al lado del fogon; pero como la pobre Gumersinda se habia acostumbrado desde tiempo inmemorial á dormirse en invierno y en verano al amor de la lumbre, nuestra heroína hubiera tomado por un crimen dejar á la pobre ciega sola en el hogar, expuesta á caerse durmiendo sobre la llama medio extinguida.

En el momento en que Elena recogia los útiles de escribir y se disponia á despertar á su madre, llegó á sus oídos una música dulce, seductora, que se preludiaba cerca del ventanillo confundiendo con el ruido de las olas que venian á morir á la playa.

La noche estaba oscura y quejumbrosa como el alma de una madre que llora á su hijo.

Elena se levantó sigilosamente y se puso á escuchar con una curiosidad estraña, en la que se mezclaba un vago sentimiento de temor.

Aquella voz no era la voz robusta de Pedro; era una voz suave y melancólica que entonaba dulcissimas y apasionadas endechas.

Elena escuchó de nuevo con un sobresalto y una exaltacion que en vano procuraba calmar con toda su poderosa energía.

¿Quién podia ser el autor de aquella poética serenata? Ella que no dirijia jamás la palabra á sus vecinas; que apenas conocia mas pescadores que el Relumbrante y que era generalmente mirada como un objeto estraño por toda la gente de playa, ¿de quién podia esperar aquella ronda (1) tan significativa en la sencilla y patriarcal Asturias?

Habia además en aquella serenata circunstancias estrañas que contribuian mas y mas á exaltar el delicado romanticismo de aquella imaginacion de fuego, y que hacian mas oscuro el enigma que Elena se afanaba en vano en descifrar.

El instrumento con que se acompañaba el enamorado trovador, no se parecia en nada á la tradicional guitarra con que de tiempo inmemorial acompañan sus rondallas los navegantes; aquellas armonías dulces y enérgicas á la vez, aquellos tonos desusados y cuya dulce modulacion imitaba tan perfectamente la voz humana, brotaban de un instrumento para ella enteramente desconocido; notas encantadoras que la seducian y halagaban como el canto de la sirena y que llegaban á su oído confundidas con los gemidos de las olas y los suspiros de la brisa nocturna que agitaba dulcemente las elevadas copas de los pinos.

Era la viola de amor.

(1) Rondar, galantear, dar música á las jóvenes en las altas horas de la noche.

Vano fué el deseo de Elena de recoger una por una aquellas palabras misteriosas, que estrañas completamente á la poesía popular, hija predilecta del marino, tenían para ella un valor inmenso, porque pertenecían al lenguaje culto y esmerado de la sociedad que se había creado en sus ilusiones y hacía la que se enderezaban á pesar suyo todos sus pensamientos.

El vienteillo de la noche arreciando por grados, silbaba como una serpiente en los huecos de las peñas, y llevaba entre sus ráfagas las estrofas del rondó que se perdían entre el flujo y reflujo de las olas.

Elena pudo sin embargo percibir claramente:

"De tus ojos el fuego tirano
fascinada mi mente dejó."

Curiosa entonces como Eva se esforzó inútilmente en distinguir á través de la oscuridad el desconocido amante, y su alma se hizo toda ojos y oídos si nos es permitida esta frase de Quevedo.

El trovador continuó con voz agitada por la emoción:

"Hoy en vano recorro jardines
Contemplando las flores hermosas,
Que perdieron su aroma las rosas
Y de nubes el sol se cubrió."

Elena apoyó entonces su frente en los hierros del ventanillo, y su corazón empezó á latir con violencia, recordando sin querer las palabras de la Súdica de "á rey muerto, rey puesto."

La noche se puso estremadamente oscura, y de las negras y pesadas nubes que envolvían el cielo empezaron á desprenderse gruesas gotas de lluvia.

La música cesó de repente y Elena distinguió entonces un bulto negro que se perdió entre las tinieblas.

Preocupada de una manera estraña por el misterioso rondador, Elena permaneció inmóvil y en actitud de escuchar como si aguardase todavía la última despedida.

No se engañaba en efecto: en el momento de volver la esquina que formaba la playa con la calle de la Ribera, el galán dió algunos acordes en su viola, y repitió el estribillo del rondó que decía en todas las estrofas:

"Tu recuerdo será mi existencia,
Tu recuerdo será mi ilusión."

La lluvia caía á torrentes, y cuando Elena volvió en fin de su abstracción, se volvió á su pobre lecho sin poderse explicar el enigma de aquella misteriosa serenata, la pacífica villa de Candás envuelta en el más profundo silencio dormía en paz completamente estraña á las cuestiones políticas que entonces agitaban los ánimos con el advenimiento al trono del joven rey de las dos Sicilias, que bajo el nombre de Carlos III venía á resucitar en España el reinado de la gentil arquitectura con que ha inmortalizado su nombre.

IV.

LA ENTREVISTA.

"Amor cruele é brioso,
Mal haya la tu crudeza,
Que non faces igualeza
Seyendo tan poderoso."

Romancero.

Dos días después del misterioso rondó que tanta impresión había hecho en el ánimo de la joven pescadora, hallábanse la Polvorosa y la Relumbranta rezando tranquilamente su rosario, cuando oyeron resonar á la puerta de la cabaña la voz varonil de la Súdica, que venía al parecer acompañada de otra persona á la que según costumbre dirigía ruidosamente la palabra.

—¡Elena! dijo la Relumbranta suspendiendo por un momento el movimiento de su huso y escuchando con atención.

—¡Oh! ¡No es Elena! ¡No! respondió vivamente la Polvorosa... conozco perfectamente sus pisadas... la que viene con la Súdica es sin duda una gran señora, porque trae maderillos. (1)

La puerta se abrió con estrépito y la Súdica penetró en la habitación con aire de triunfo, seguida del joven abate que sentía al entrar en aquella humilde cabaña una turbación estraña.

—"Cuando Dios quiere, con todos los aires llueve" Gumesa, dijo la Súdica, ofreciendo familiarmente á monseñor uno de los banquillos de madera que formaban en Candás el asiento obligado de toda cabaña; y Dios que cuida siempre de los animales, le trae aquí á un alma caritativa que quiere aliviar en lo posible tu desgraciada suerte.

Monseñor permaneció en pie con los ojos fijos en el suelo y sin añadir una sola palabra.

La Relumbranta se levantó y recogió su rueca disponiéndose para salir.

—No; no se vaya V. por eso, Relumbranta, que las buenas acciones han de servir de ejemplo á los demás, añadió Pepita con ese acento peculiar, del que desea todo lo contrario de lo que espresa.

—¡Ay! ¡hija! respondió la Relumbranta tomando la puerta, pronto muy pronto volveré; pero lo que es ahora, tengo que ir á dar una vuelta por la cocina.

Y la pobre mujer impulsada por su delicadeza salió inclinándose respetuosamente delante de monseñor, á fin de no humillar con su presencia la miseria de su infeliz amiga.

Rodrigo respiró; su turbación era tal que hubiera dado cualquiera cosa por quedarse completamente solo.

—¿Y á quien tengo el honor de hablar? preguntó la pobre ciega perdiéndose en descabelladas conjeturas.

(1) "Maderillos" taconillos muy altos que usaban las señoras en los zapatos. También los usaban los caballeros con el traje de corte.

—A un sacerdote; respondió Rodrigo tartamudeando y anteponiéndose á la respuesta de la Súdica; á un sacerdote que viene á ofrecer un socorro en nombre de la Sra. condesa de Santarúa.

—¡Benedictus qui venit in nómine Domini! respondió la Polvorosa, cruzando las manos y recordando las palabras del cura de Albandi.

—La Sra. condesa, (prosiguió con vacilante voz el abate) me ha encargado muy particularmente que os ponga á cubierto de las primeras necesidades de la vida, ya que Dios ha querido enviaros la mayor de las desgracias; pobre viuda.

El abate volvió entonces la cabeza hácia la puerta de la salita y distinguió á Elena que permanecía inmóvil en el umbral.

Agitado por una emoción que le embargaba casi por completo el uso de la palabra, se puso en pié é inclinándose respetuosamente ante la huérfana murmuró á media voz:

—¡Elena!... ¡Señorita Elena!

Elena no se movió; pareciale que el cielo para castigar su orgullo se gozaba en mortificarla con extrañas visiones.

—¡Anda, Marisabidilla! exclamó la Súdica riéndose, y haciendo frente á monseñor una serie de gestos á cual mas expresivos; ven á dar gracias á este siervo de Dios por las caridades que hace con tu madre... ¡Pues no parece sino que te has quedado como la mujer de *Lote*! ¡Anda!...

—¡Monseñor! exclamó Elena adelantándose con dignidad y arrojando sobre el abate una mirada soberana, yo os doy gracias por vuestras caridades; pero mi pobre madre... de nada necesita... idos pues en paz...

La Súdica se encogió de hombros y clavó en Elena una mirada de asombro que nuestra pluma no alcanza á describir.

—¡Monseñor! exclamó la ciega levantándose acelerada y confusa sin poder dar crédito á sus oídos; ¡Monseñor en mi cabaña!... ¡En mi cabaña!

—¡Pues qué! ¿Os habeis olvidado ya de que los Guzmanes se sientan en el hogar del que necesita socorros y consuelos? dijo Rodrigo sentándose en el humilde banquillo que acababa de dejar desocupado la pobre Relumbranta. Yo soy; yo Gumersinda, que vengo á socorreros en nombre de mi santa y caritativa madre... Yo, que á pesar de que según decís, nada necesitais tengo la certidumbre de que lo necesitais todo y de que estais siendo las pobres víctimas de la mas insaciable de las pasiones; yo que quiero ser vuestro amigo y que como tal reclamo de hoy para siempre una parte en todos vuestros infortunios...

La Súdica se habia puesto á encender el candil tarareando con insolencia uno de sus refranes mas cínicos.

—Pepita; dijo Rodrigo, mudando de color y largándole una moneda de oro... ¡Se me olvidaba! ¡Ten la bondad de ir á casa del veredero á que te entregue una lata de tabaco de flor... y dile al Súdico que no se acueste hasta dejar preparadas las cañas, anzuelos y demás menesteres, porque ten-

go proyectada una expedición y hemos de amanecer mañana en Peran. Dentro de un cuarto de hora estoy en tu casa.

Pepita miró á monseñor de una manera extraña; tomó la moneda de oro y despidiéndose de la Polvorosa con uno de sus chistes se encaminó á la puerta murmurando:

—Mucho quiero la escopeta

Porque me disculpa en casa...

—¡Adios, Gaviotilla! añadió reparando en Elena que habia dado algunos pasos para despedirla; allí te dejo el espejillo debajo de la almohada, y cuidando que te atuses, que andas ahí, con unos pelos que pareces un puerco espin. ¡Jesus María!... ¿Y dejas á monseñor para despedirme? Vamos! ¡Si siempre se aparece la Virgen á los pastores! ¡Anda, y no te olvides de mi consejo, que ahora tienes la sartén por el mango! A rey muerto, rey puesto.

Y Pepita echó á andar á toda prisa contando por los dedos los reales que iban á quedarle limpios en la compra del tabaco, pues ya era cosa sabida que monseñor nunca tomaba la vuelta.

Cuando Elena volvió á la salita y se encontró de frente sola con monseñor, experimentó uno de esos estremecimientos nerviosos que no tienen nombre y que sin embargo se comprende muy fácilmente por todas las almas jóvenes é impresionables.

Aquellas paredes ennegrecidas, aquella carencia de toda comodidad, aquella miseria en fin que se revelaba por todas partes y que el aseo no habia conseguido ocultar, la humillaba de tal manera á sus propios ojos, que á pesar de que monseñor continuaba hablando familiarmente con la pobre ciega y prestándole á la vez consuelo y esperanza, Elena estaba fuera de sí, porque no habia experimentado hasta entonces la inmensa pesadumbre de que su pobreza se viese tan bruscamente inspeccionada por uno de los personajes mas poderosos en el contorno de muchas leguas.

—¡Gumersinda! volvió á decir Rodrigo, alargando á la ciega un bolsillo de seda, cuyos calados dejaban reverberar á la luz del candil algunas monedas de oro; tened la bondad de aceptar esta limosna que os envia una santa... regocijaos; vuestras horas amargas han pasado ya.

—¡Monseñor! exclamó Elena enderezándose con todo el orgullo de su dignidad ofendida... ¡guardaos vuestro dinero! Os he dicho ya que mi madre de nada necesita.

Rodrigo contempló por algunos instantes aquel rostro agitado por una emoción violenta y retiró la mano que habia alargado hacia Gumersinda.

Elena entonces, pasándose la mano por la frente, como si se sintiese impelida por una influencia interior y sobrenatural, continuó:

—Deciais, que queriais ser nuestro amigo ¡y quereis comprar esa amistad al mismo precio que la voluntad de Pepita!

Estas palabras de Elena fueron pronunciadas con un acento tan profundo de verdad y convicción que Rodrigo quedó cortado por algunos momentos.

—¡Elena! balbuceó despues á media voz y bajando los ojos... escardecéme, insultadme, despre-

ciadme si quereis; pero yo os juro que el sentimiento que me anima hacia vos es tan puro, tan santo, tan noble como el amor que se profesan los ángeles unos á otros.

—¡Oh! ¡hija mia! exclamó Gumersinda extendiendo los brazos hasta encontrar á Elena.... ¡Oh! ¡hija mia!

Y la pobre madre estrechaba convulsivamente la mano de su hija, como si la viese amenazada súbitamente de alguna inminente desgracia.

—Tranquilizaos, pobre viuda; exclamó Rodrigo con una voz que parecia mas bien un gemido del alma; dormid en paz en vuestra humilde choza con el ángel que os ha concedido el cielo.

El que penetra con su mirada los secretos del abismo y lee los mas profundos arcanos del corazón del hombre, es el único que comprende de lo que en este momento sufre el mio. ¡El sea siempre con vosotros!

Y Rodrigo se encaminó hacia la puerta sin atreverse á volver la vista atrás.

—Monseñor! dijo entonces la pobre Polvorosa enternecida; yo no arrojé á V. S. de mi pobre choza.... no; pero comprendo que los pobres no pueden cultivar algunas amistades sin peligro de su honra. Yo no tengo en el mundo mas tesoro que mi hija, mi pobre hija, monseñor, y el mundo no respeta nada.

—Oh! el mundo! el mundo lo ignoraria todo si así lo exigieseis.

—Y Pepita, monseñor? Se ha olvidado V. S. de la lengua de la Síndica?

El abate se puso la mano en la frente como agobiado por el recuerdo de aquella lengua viperina que nada respetaba, y se quedó por algunos instantes abismado en una profunda meditacion.

Elena, fuertemente asida á la mano de su madre é inmóvil como una estatua, nada decia, nada percibía de cuanto pasaba en derredor suyo, pero las lágrimas que se agolpaban á sus ojos y que brillaban como diámanes al débil rayo de aquella humilde luminaria, demostraban á pesar suyo el estado de agitacion en que se encontraba su alma.

Dos veces se habia encontrado Elena frente á frente con monseñor; la una cuando ultrajada y apostrofada con las frases mas humillantes, se habia visto precisada á dejar la casa de su tia; la otra cuando la Soberana en uso de su moralidad, se habia permitido decir hablando de los soldados de mar: «Allá se ha ido con ellos el de esta;» y aquellas dos situaciones sobradamente amargas para todo corazón noble y delicado habian hecho en su alma una impresion profunda y dolorosa que se reproducia en aquel momento con todas sus circunstancias, con todos sus vergonzosos pormenores.

Oh! es preciso que lo sepais, que lo sepais todo! exclamó Rodrigo, saliendo de su ensimismamiento, y como si adivinase los secretos sufrimientos de Elena; es preciso, por doloroso que os parezca, que sepais todo lo que debeis á Joaquina, toda la hipocresía que encierran sus palabras, todos los medios que emplea para sujetar á esta pobre niña, y donde van por fin á sepultarse las limosnas de mi que-

rida madre, que en vez de aliviar vuestra situacion sirven tan solo para sostener y fomentar el vicio de la mas repugnante intemperancia.

Entonces, aprovechándose de la sorpresa que su narracion habia causado en aquellas dos infelices, les refirió en breves palabras la conversacion de la Soberana con la señora Mariscala, sus enredos y su mal intencionada hipocresía, concluyendo por hacerles ver la conveniencia de que sus visitas fuesen envueltas en el mayor misterio para no despertar las sospechas de aquella malvada camarera.

—Lo creo, lo creo! dijo por fin Gumersinda prestando entera fé al relato que acababa de oír de boca de Rodrigo; un caballero como V. S. no puede mentir hasta ese punto.... Es triste, muy triste que los propios nos vendan, pero cúmplase la voluntad de Dios!

Elena permaneció impassible. Aquellas palabras no hacian mas que confirmar las sospechas que á pesar suyo se habian despertado en su alma hacia ya largo tiempo, acerca de su tia.

—Admitireis ahora mi proteccion? preguntó Rodrigo á Gumersinda con un acento casi suplicante.

—Sí, la acepto, monseñor.... El corazón me dice que obráis con sinceridad, y al paso que comprendo la honradez de vuestros sentimientos, comprendo tambien la necesidad de ocultar á mi hermana y á todo el mundo nuestra amistad, pero.... ¿y la Síndica, monseñor, y la Síndica?

—Oh! nada temais. La Síndica pierde la memoria al contacto del oro.

—¿Y creéis que yo consentiria en que se la hiciese callar? exclamó Elena con un acento de mal reprimida indignacion. Ah! monseñor; veo con sentimiento que no sois digno de la amistad que mi pobre madre acaba de concederos. Hacerla callar!... Y por qué? Eso valdria tanto como decir que tenia algun secreto que ocultar.... seria una infamia.

Y el rostro de Elena se cubrió de un encarnado vivísimo como el de esas nubes rojizas que predican casi siempre la tempestad.

—Sí, sí, teneis razon; repetia Rodrigo fuera de sí.... pero no me destrocéis el alma con vuestras palabras, Elena. Si vos lo quereis yo diré que os desprecio, que os aborrezco, que sois para mí la criatura mas antipática.... Se lo diré á la misma Pepita... Ahora mismo, dentro de diez minutos; se lo repetiré al Síndico mañana, al mundo entero para que así lo crea.... ¿Qué mas podeis exigir de mí?

La nube de indignacion que cubria el semblante de Elena, se disipó en aquel instante dibujándose sobre sus encendidos labios una triste y ligerísima sonrisa.

—Ahora sí que se explica V. S. como un amigo verdadero! exclamó la Polvorosa conmovida y agitando sus vidriadas pupilas como si quisiese al través de aquella espesa nube distinguir de nuevo el simpático semblante de Rodrigo; y V. S. ganará seguramente el cielo, porque el que protege á la viuda y al huérfano encontrará siempre gracia á los ojos del Señor.

Rodrigo ébrio de gozo y no encontrando pala-

bras para expresar todo lo que sentia, estrechó convulsivamente la mano de la ciega, é inclinándose con el mas delicado respeto ante la jóven pescadora que le contemplaba en silencio, salió apresuradamente de la cabaña, encaminándose en seguida á casa de la Súdica, á fin de poner en planta el inocente complot que en aquel momento acababa de formar.

Entretanto la pobre Relumbranta, á quien su delicadeza habia aconsejado no volver aquella noche á casa de la Polvorosa, hilaba sin descanso en su reducida choza, cantando para ahuyentar el sueño:

Ay! sueño, sueño!

tú qué me quieres?

tú ni me vistes,

tú ni me calzas,

tú ni me das

los mis menesteres.

.

.

ay! sueño, sueño!

tú qué me quieres?

FIN DE LA CUARTA PARTE

DE CONTRA GULA TEMPLANZA.

Salones de Paris.

20 DE AGOSTO.

Consecuencias del eclipse.—Temores de un ama de huéspedes.—Un día de tregua.—El 15 de Agosto.—Aspecto de Paris.—La esplanada de los Inválidos.—Martín y Bamboche.—Una gigante andaluza que no sabe hablar español.—La pura verdad.—Una Justa en el río.—Regatas.—Iluminacion, fuegos artificiales.—Nuevas diversiones.—Batignolles.—Fontainebleau.—La emperatriz en Aguas Buenas.—Lo que gusta á las mujeres... en el vaudeville.—Una herencia inesperada.—Dos españoles en Paris.—Una violinista.—Memorias de Leotard.—Las memorias de Dumas.

El tiempo vuela.

Los meses en Paris son días y los días instantes.

Las diversiones se multiplican y no es posible la monotonía, que es la que hace pesado el tiempo.

En vano el sol nos niega sus dones, en vano la lluvia nos concede con abundancia los suyos.

Los parisienses no tienen miedo al agua: cuando hace un día hermoso lo aprovechan, cuando llueve no dejan de aprovecharlo, solo que buscan para guardarse los infinitos espectáculos que les ofrecen asegurados de inclemencias del tiempo.

La tristeza del tiempo no borra la alegría del corazón, y aunque desde el eclipse, al ver que el sol no sale, no falta quien sospecha que se ha eclipsado de verdad, el regocijo no se acaba y se cuentan las horas por los placeres.

Algunos—los filósofos—tratan de averiguar la

causa de que este año no haya habido verano, y las consecuencias que deducen de sus investigaciones son chistosísimas.

Pero lo mas chistoso es el temor del ama de mi casa.

—No le parece á V., me dijo, que la falta del sol puede anunciar el fin del mundo?

—Oh! yo lo creo, le respondí riendo, y ella añadió:

—Por si sucede algo voy á cobrar el mes adelantado.

—Y para qué, señora, si se concluye el mundo?

—Toma, para que no se tengan que arrepentir mis huéspedes de haber dejado deudas.

Iba á poner en práctica su deseo, cuando el día 15, para fortuna de sus inquilinos, amaneció con un sol delicioso.

La alegría y la calma volvió al corazón del ama de huéspedes.

En cuanto á estos debian haber esperado en ver el sol el día 15, porque este día se celebra en Paris una gran fiesta nacional y el astro luminar no falta á ella.

Con efecto el día 15 nos dió la lluvia tregua y los habitantes de Paris disfrutaron de algunas horas deliciosas.

Paris ofrecia un aspecto magnífico.

Desde por la mañana aparecieron empavesados los balcones de los edificios públicos, de las casas particulares y hasta los carruajes y los omnibus hacian ondear la bandera nacional.

Todos los semblantes respiraban satisfaccion y apenas puede describirse el grande movimiento que desde las primeras horas se notaba en todas partes.

En Nuestra Señora se cantó un *Te-Deum*; en las demás iglesias hubo funciones religiosas.

Cuando estas terminaron, la muchedumbre se dirigió hácia los Campos Eliseos, hácia la barrera del Trono y hácia la esplanada de los Inválidos.

La esplanada de los Inválidos presentaba un cuadro deslumbrador.

Figuraos una esplanada inmensa coronada con el grandioso edificio donde descansan los restos del gran capitán del siglo, y rodeada de dos filas de puestos graciosamente colocados, y llenos de juguetes, de flores y de dulces. En unos, toda clase de figuras de porcelana y china; en otros, tiro de ballesta y de pistola; en algunos grandes lienzos pintados anunciando exhibiciones de fenómenos, de vistas de ciudades, de museos de razas. Figuraos en medio de este cuadro dos magníficos teatros de pantomima, dos tableros para los ejercicios de los acróbatas, cuatro cucañas é innumerables tiendas de campaña cubiertas con tapicerías y encerrando bailes animadísimos, ejercicios ecuestres, experimentos de magia, sesiones de sonambulismo. A todo esto reunid un inmenso griterío confundido con el discordante sonsonete de numerosas orquestas, de millares de organillos, de prolongados repiqueteos de tambor, de los reclamos y las voces de los vendedores, y tendreis una idea del aspecto que ofrecia el día 15 aquella parte de París.

Las funciones de los teatros, las cucañas, los

ejercicios de los acróbatas, todo estuvo admirablemente ejecutado, y la muchedumbre anhelante, febril, repartía su atención entre tantas y tantas diversiones como las que se presentaban á su vista.

Pero si por el lado principal era precioso el cuadro que ofrecía la esplanada de los Inválidos, no era menos interesante el que se desarrollaba á la vista de los curiosos por el reverso de la medalla, ó lo que es igual por el lado posterior de las tiendas y de los puestos.

Al ver los carros en donde los empresarios ambulantes de las compañías de saltimbanquis, de los fenómenos y de las demás maravillas expuestas, conducen de un pueblo á otro sus teatros portátiles, no podía menos de recordarse la vida de Martín y Bamboche, descrita por Eugenio Sué en las *Memorias de un Ayuda de cámara*.

¡Cuánta miseria disfrazada con la máscara de una alegría loca!

En aquellos carros vimos la sala, el dormitorio, la cocina, el vestuario de los histriones; y algunas niñas de pocos años, algunos jóvenes de quince á diez y seis nos hicieron adivinar historias dolorosas, historias como la de Martín y Bamboche.

Yo deseoso de verlo todo para poder contaros lo que viese, recorrí los puestos; y al ver en uno de ellos mencionada la exhibición de una hermosa gigante nacida en la ribera del Guadalquivir, quise conocer á tan elevada compatriota y entré.

Con efecto, era una mujer descomunal.

La pregunté en francés si había nacido en Sevilla y me dijo que sí.

Entonces continué hablándola en español; pero ella sin turbarse

—No me hable V. español, me dijo, porque no entiendo una palabra.

—¿Cómo que no, siendo española?

—Ya se vé que lo soy; pero hasta entrar en Francia he sido sordo-muda, y lo primero que he aprendido ha sido el francés.

Como esta farsa podría citaros otras muchas.

Pero no os contaré mas que una que me recordó el cuento de la *pura verdad*, uno de los mas célebres de la popular *Floresta Española*.

—¿Quién por dos sueldos quiere conocer á la persona que mas cariño le profesa? gritaba un hombre á la puerta de una tienda.

La gente acudía, pagaba sus dos sueldos, entraba, y salía con rostro descontento.

Una pobre aldeana, mas cándida y mas franca que los demás que entraban, salían y ocultaban lo que habían visto, nos confesó cual era la persona que mas cariño la profesaba.

¿Cual dirían nuestras lectoras que era?

Pues era ella misma.

El charlatan colocaba un espejo delante de los que pagaban dos sueldos y les decía al mismo tiempo:

—Ese ó esa que veis es la persona que os ama mas.

Esta farsa era al propio tiempo una lección moral.

Pero la pobre aldeana que no comprendía nada

de filosofía, se dió por defraudada y se alejó casi llorosa.

Por la tarde tuvo lugar en el río una Justa oriental. Parecía asistirse á las famosas luchas de Barba-Roja y de los célebres corsarios turcos.

Las regatas ya sabeis cuan divertidas son: estuvieron muy animadas y alcanzó el premio una canoa muy bonita, conducida por cuatro marineros vestidos de blanco y adornados con cintas azules.

La iluminación ofreció por la noche la realidad de un cuento de las *Mil y una noche*.

Las cúpulas de las iglesias aparecían iluminadas por mecheros de gas formando labores preciosísimas. Toda la cornisa del palacio de las Tullerías ostentaba un feston de fuego deslumbrador. Las calles, los edificios públicos, los puentes y las casas particulares, estaban tambien caprichosamente iluminados; pero el efecto sorprendente, fantástico, es el que presentaban las calles de árboles del jardín de las Tullerías, la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos hasta el famoso Arco de la Estrella.

Las calles de árboles estaban adornadas con guirnaldas, y entre una y otra había suspendidas coronas preciosísimas cuyos vasos imitaban los colores del topacio, el rubí y la esmeralda, que son las tres piedras preciosas que mas agradan á la emperatriz.

En medio de la plaza de la Concordia se veía suspendido en el aire, flotante un palacio formado con las mismas piedras preciosas y las guirnaldas, y las coronas seguían despues en la gran calle céntrica de los Campos Elíseos hasta perderse en el Arco, que tambien estaba iluminado con una cinta de fuego que rodeaba toda su cornisa.

La vista se desvanecía entre aquellas esplendentes luces con tanto gusto combinadas, y parecia un sueño el espectáculo magnífico que descubrían los admirados ojos.

Los fuegos artificiales, las luces flotantes de los cohetes, el resplandor de las bengalas completaban el efecto.

No satisfechos con tanta fiesta los parisienses, dos dias despues corrieron á Batignolles donde se repitieron: el domingo se encaminaron á Versalles á ver correr las fuentes, y se preparan para ir á Fontainebleau, donde con la magnificencia de todos los años se celebrará el domingo próximo la fiesta patronal en honor de San Luis.

La emperatriz, que ha pasado de incógnito quince dias en Aguas Buenas, ha regresado á Saint Cloud de donde debe haber salido con el emperador para dirigirse á Biarritz.

Antes de abandonar los deliciosos baños de la Bearne, fué la heroína de una escena que honra sobremedura á sus caritativos sentimientos.

Una pobre mujer coja flores y la emperatriz se las compró dándola tres luises en vez de los tres sueldos que la pidió la vendedora.

—Señorá, dijo la aldeana, estos tres sueldos son tan bonitos, que solo la mujer del emperador puede tenerlos. Sois vos acaso?

—Yo soy, contestó S. M. I.

—Con que sois vos? añadió la aldeana. ¿Y cómo está vuestro hombre?

Nuestra augusta compatriota al oír esta tan ruda como sencilla pregunta, no pudo menos de sonreírse y de añadir á los tres luises otros tres para que los empleara en sus hijos.

¿Qué verdad es que á las mujeres les gusta lo extraordinario!

Mr. Pousand, un célebre poeta, lo ha probado recientemente en su comedia *Lo que gusta á las mujeres*.

Figuraos que una viuda muy rica se ve rodeada de aspirantes á su mano, que cada cual busca los medios de agradarla y que solo lo consigue el que apartándola un instante de su vida opulenta la hace asistir al espectáculo de la pobreza que se oculta en las miserables boardillas, excitándola el sentimiento de la caridad.

¿No es verdad que el poeta francés ha tenido razón? No es verdad que las nobles acciones son las que mas os gustan?

Pudiera presentaros un ejemplo para contestar afirmativamente á esta pregunta.

Una joven de diez y ocho años, alumna distinguida del Conservatorio de París, ha heredado cuando menos lo esperaba cinco millones de francos.

Se llama Matilde Benoit y sus condiscípulos la nombraban *el ruisenor de Auber*, porque este célebre maestro estaba encantado de su voz y de su talento.

Desde hacia cuatro años la acompañaba siempre al Conservatorio un joven, vecino de ella y tambien alumno distinguido de la clase de canto.

Los dos se habian conocido niños y se profesaban una inmensa amistad.

Se habian confiado sus privaciones, sus penas, sus ensueños y sus esperanzas.

Los dos poseian almas de artistas.

Eran amigos, muy amigos nada mas, y sin embargo, ¿qué pensais que ha hecho ella al verse rica? Oh! pues ha hecho la accion mas noble del mundo.

Apenas supo que era millonaria, corrió á buscar á su compañero, á su amigo.

—Soy rica, le dijo, y quiero que lo seas tú. Cuando yo era pobre nos prometimos ayudarnos mutuamente; ahora que la fortuna me sonríe quiero partir contigo mi felicidad. ¿Quieres casarte conmigo?

En respuesta á esta pregunta, puedo deciros que hace ocho dias que se bendijo su union en San Felipe de Rohule y que los esposos habitan en la actualidad un precioso palacio que han comprado en la rue Courcelles.

En lo sucesivo los artistas tendrán en ellos dos protectores mas; porque se proponen dispensar el bien que hubieran deseado para ellos si hubieran tenido que continuar la carrera que con tanto entusiasmo como disposiciones habian emprendido.

Ya veis que podeis asegurar que la mujer que es buena vale por todos los hombres honrados.

Recientemente se han distinguido dos jóvenes españoles en París.

Fernando Ossorio y Blas Colomer.

El primero, ya célebre en España, ha pasado seis meses en esta capital estudiando la organizacion de los teatros, y ha escrito una *Memoria* de sus estudios cuya lectura ha causado admiracion á cuantos la han oido.

Fernando Ossorio ha visitado todos los teatros, ha hablado con los principales autores y actores dramáticos de Francia, ha estudiado la maquinaria y la *misse en scene* y con todos estos conocimientos que se propone practicar en España puede iniciar y realizar la regeneracion de nuestro teatro.

Todos los que han tratado aquí al joven actor y poeta han apreciado en su justo valor sus excelentes cualidades y su aplicacion.

No contento con los estudios hechos en París ha visitado los teatros de Lóndres y de las primeras capitales de Alemania y hace dos dias que ha vuelto acompañado de su hermano Manuel y del distinguido poeta D. Luis Mariano de Larra.

El otro español que os he citado, es un joven pianista que ha conseguido el primer premio en los concursos del Conservatorio.

Natural de Valencia, y habiendo concluido sus estudios aquí, piensa volver á su pais y hacerse oír en Madrid.

Los periódicos han elogiado su talento artístico y ha llamado la atencion de todos los músicos franceses.

Tambien ha sido justamente premiada una joven francesa, que á los 14 años ha llegado á tocar el violin con toda la expresion de Paganini.

Nada mas sorprendente que oír un violin en sus manos.

Desde los tiempos de la célebre Milanolo, no habia tenido el rey de los instrumentos una intérprete tan privilegiada.

El nombre de la señorita Boulay, que es el de esta joven virtuosa, es ya célebre en Francia.

Para concluir mi revista de hoy os anunciaré que están en prensa las *Memorias de Leotard*, escrita por una de sus admiradoras.

Os daré cuenta de este libro.

Tambien debo deciros que el célebre Dumas ha perdido la embareacion que mandó construir para presenciar las operaciones de Garibaldi.

Un choque con otro buque ha destruido el suyo.

Se asegura que con este motivo y para resarcirse de sus pérdidas, el autor de tantas *Memorias* como ven la luz en la actualidad, va á publicar las suyas.

Este libro se espera con avidez, porque la historia de Dumas debe ser mas interesante que todas sus novelas juntas.

—Gracias á Dios que vamos á sabernos de *memoria* á Dumas, ha dicho uno de sus lectores.

El libro aparecerá por entregas, segun nos dicen, desde primero de año.

JULIO.

EL VERANO.

Huyendo va la hermosa Primavera
Como liebre acosada por los perros;
De sus mejillas brota una gotera
A fuerza de sudar saltando cerros:
Fué en el mundo feliz ramilletera,
Vivió sin cometer culpas ni yerros
Y huye al fin, sin que nadie la socorra,
De un mozo que la quiere armar camorra.

Revélese en su pálido semblante
Que no nos abandona por su gusto;
Al verla atribulada y jadeante
El mas topo dirá que lleva susto;
La hembra parece del *Judío errante*
En su largo correr y ceño adusto:
Nadie se admire de que corra y tema
Pues la pobre va huyendo de *la quema*.

En pos de ella con ceño furibundo
Un mozo por el valle se divisa;
Ánimos trae de incendiar el mundo
Y en llamas trueca cuantas flores pisa;
Del infierno habitó lo mas profundo
Y de allí viene en mangas de camisa
Mas daños á causar que causa un lobo
Y á hacer una sarten de nuestro globo.

Sarten, pero sarten de un alto rango
Donde cabe la humana muchedumbre;
Sarten que él mismo agarra por el mango
Y que, haciéndola hervir con vasta lumbre,
Sirve para que bailen el fandango,
Con mucho mas ardor que de costumbre,
Los hombres que se tornan viboreznos
Al verse convertidos en torreznos.

En su frente de rayos coronada
Dice el mozo en cuestion que es el Verano;
Terrible y penetrante es su mirada,
Macilento el color, rostro mal sano;
Su cabeza de pelos tan segada
Que es lisa cual la palma de la mano;
Y sus piés tan dormidos y tan flojos
Que sirven para mofa de los cojos.

Un estandarte lleva en cuyo lienzo
De formas deleznales y sencillas
Se ve pintado al mártir San Lorenzo
Sufriendo su martirio en las parrillas.
"Con estas armas á cualquiera venzo,"
Dice abajo con letras amarillas;
Y moviendo orgulloso el estandarte
Viene el mundo á cruzar de parte á parte.

Turbas de golondrinas y cornices
Precédenle y anuncian su reinado
Con voz de zarzuelas cantatrices,
Y compás de cantor desorejado;
Precursoras mas torpes é infelices
No pudiera el Estío haber buscado,
Por ser de cuantos pájaros se crían
Los que cantan peor y mas porfían.

Un escuadron de grillos y cigarras
Marchan detrás haciendo de cornetas;
Mil enjambres de avispas muy bizarras
En pos caminan revolando inquietas:
Llevando cuanto pueden en sus garras
Hormigas cuidadosas y discretas
Siguen despues con orden y gobierno
Pensando en acopiar para el invierno.

Van formando tambien la comitiva
Graciosas chinchas de uniforme rojo,
Pulgas de talle esbelto y sangre viva,
Tendiendo hambrientas por do quier el ojo:
Moscas de fácil vuelo y mano activa
Para cebarse en el primer despojo;
Y en fin, mosquitos de sonora trompa
Para mayor solemnidad y pompa.

Siguen luego mil carros y carretas
Llenos de varias y abundantes frutas,
Al parecer de educacion completas
Pero que son en madurar reclutas,
Con buenas caras y con malas tretas
Salen del mundo á recorrer las rutas
Llamándose ciruelas y melones,
Peras, guindas, agraz, melocotones.

En pacientes y cándidos pollinos
Distínguense detrás sendas banastas
De tomates, pimientos y pepinos
Y otras verduras de infinitas castas:
Las lechugas con síntomas dañinos,
Las berengenas con sus pieles bastas,
Gran depósito allí de todo viene:
Sociedad de seguros contra higiene.

Cierran la larga procesion ridícula
Cien corpulentos y rabiosos canes
Que van representando la Canícula,
De quien son furibundos edecanes;
Despues de haber partícula á partícula
Comido con ardor sabrosos panes,
Enseñan aun los afilados dientes
Y ladran con ahullidos imponentes.

"Alto!" dijo el Verano con voz fiera,
Audaz apoderándose del trono
Que vacante dejó la Primavera;
"Yo mismo," prosiguió, "yo me coronó,
"Al mismo sol me pongo por montera,
"Y al mundo entero espantará mi encono:
"Publíquese al momento que el Verano
"Se declara del globo soberano.

"Los rayos de este sol que orla mi frente
"Al mundo arrojaré con despilfarro
"Y nadie, voto á brios! se me insolente,
"O en mi loca soberbia le achicharro.
"Ahora, vosotros, que formais mi gente,
"Los que vinisteis con marcial desgarro
"Gustosos á ayudarme en la alta empresa,
"Mi programa escuchad que os interesa.

"Los grillos, de monótono chillido,
"Las codornices, de incesante canto,

"Las golondrinas, de fatal quejido,
 "Y las cigarras, que rechinan tanto,
 "En mis filas, sabed, os he traído
 "Con el objeto, á la verdad no santo,
 "De que infundais entre la raza humana
 "La soñera, el fastidio y la galvana.

"Vosotros, los que usais armas punzantes,
 "Pulgas, chinches, avispas y mosquitos,
 "No os durmais en las pajas; volad antes
 "Y agolpaos detrás de esos malditos;
 "Dadles mil picotazos irritantes,
 "Bebed su sangre hasta morir de ahitos;
 "Chupad y rechupad, porque quien chupa
 "Ricos tesoros en su panza agrupa.

"Chupa el hombre tambien de cuanto puede
 "Y engulle sin temor y sin conciencia;
 "Veis esas frutas? pues las traigo adrede
 "Para ser del goloso penitencia;
 "Yo haré que la ciruela se le acede,
 "Y el pimiento le turbe la existencia,
 "Y vereis morir viejos y muchachos
 "A impulsos de los pistos y gazpachos."

Dijo, y con brusco y majestoso empaque
 Mandó que se alejara la cohorte,
 Ansiosa ya de comenzar su ataque;
 Y mostrando sus iras en su porte,
 Víctimas presto del comun achaque
 El campesino y el señor de corte
 Vieron del Sol el proceder tirano,
 Y sufrieron las plagas del Verano.

Ay! en vano las gentes se escabullen
 Y van de una comarca á otra comarca;
 En vano el agua á cántaros engullen
 Y se bañan en rio, en mar ó en charca;
 Por mas que se refrescan y rebullen
 Todo el Estío con su ardor lo abarca;
 Y baños, y refrescos, todo es vano;
 ¡Solo el Otoño matará al Verano!

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

CRONICAS DE LA CORTE.

La humanidad fotografiada.—Cuento, que no lo es.
 —S. Lorenzo.—Jubileo.—Restauracion de varios
 templos.—Novena de la Virgen de Atocha.—Or-
 nato de Madrid.—Sus mejoras y desperfectos.—
 Publicaciones políticas y literarias.—Necrologia.
 —Bateos.—Despedida de Mr. Hermann y sus se-
 cretos.—El contrincante Almiñana.—Proyectos
 teatrales.—La zarzuela avanza.—Compañías.—
 Bodas egregias.—Algo sobre los enviados mar-
 roquíes.

Pues señor; ya que como ente *retratado* no he
 de servir mas que para adornar el escaparate de
 una esquina, para que papá y mamá me dirijan una
 benevolente sonrisa, y para que los demás llenen
 con mi *vera-efigie* uno de los huecos de esos libros-
 álbums, que la moda ha inventado para sacar los

SETIEMBRE.

cuartos al prójimo, decididamente sacudo la pluma
 y me convierto en ente *retratista*, y provisto de
 cámaras, lentes, anteojos, aparatos, tintas y cris-
 tales, empezaré por ensayarme haciendo retratos
 de tarjeta á la Cibeles, y acabaré en maestro de
 ese arte que ha sabido repletar de dinero contante
 y sonante los bolsillos de Martinez Sanchez, Lau-
 rent, Alonso Martinez, Rodriguez, y otros varios
 alumnos de la fotografia.

Hoy no existe en la corte de las Españas niña
 remilgada, aristocrática, amada modesta, mujer de
 mundo, jamona fresca, mamá espectro y con hu-
 mos de grande, grande abuela con aire de empera-
 triz, ni pollo de buen ó mal tono, ni vejete verde
 subido, ni viudo con pretensiones, ni casado con
 hijos de todos tamaños, ni político grave, ni cape-
 llan lechuguino, ni hortera en fin, que no rinda
 culto á esa especie de mono-fotografia que se ha
 desarrollado entre nosotros, cumplido un siglo en
 que los vecinos traspirenaicos dieron en la manía
 de reproducirse en millares de ediciones para que
 el pueblo francés se multiplicara hasta lo infinito
 en individualidades de cartulina, cristal, cobre, etc.

Aquí, amadas lectoras mías, la nube de aleluyas
 amenaza oscurecer el sol, y no hay artistas ni má-
 quinas, ni manos que basten á estampar caras, que
 caras cuestan, y tan baratas andan, que por una
 humilde peseta de á cuatro reales se obtiene una
 eminencia legítima, una figura perfecta y perfecta-
 mente desconocida, ó un amigo caro, apreciado en
 tan poco, que no vale los treinta y cuatro cuartos,
 como artista, y por último, algun jóven eminente
 que se halla expuesto á pública peseta entre nota-
 bilidades reconocidas unas, y otras de pacotilla,
 con objeto sin duda de venderse por menos de lo
 que cree valer, para lograr hacer creer que vale lo
 que no cuesta.

Llegó á Madrid hace un mes, acompañada de su
 caro papá, labrador en un pueblo que no aparece
 en todos los mapas de España, y que traia calzon
 corto por no haberle gastado nunca largo, una ni-
 ña candorosamente silvestre la cual venia con el
 solo objeto de retratarse, porque el autor de sus
 días no es rana en punto á maravéis, y queria dar
 ese gusto á su única heredera, tanto mas cuanto
 que ella habia visto una fotografia de la cirujana
 de su pueblo, y ardía desde entonces en deseos de
 verse estampada.

Llegaron al gabinete del fotógrafo; la máquina
 esperaba impaciente cualquier rostro en quien en-
 cararse.

—Tamaño de tarjeta? le dijo al papá el artista
 del sotabanco; cómo y cuántos?

—Cá! no señor; replicó la lugareña. Nosotros
 no hacemos visitas: uno solo y basta; pero ya que
 sea que se vea, hágale V. de á vara.

—Todavía no ha llegado por aquí, dijo el artista,
 la cámara solar de Woodward y no puedo compla-
 cer á Vd.

—Pues bien, gritó el padre, hágale Vd. del ta-
 maño de un melon, pero de cuerpo presente.

—Cómo! exclamó el artista asombrado; retrato
 de difunta?

La chica añadió:

—No, hombre; quiere decir que se me vea hasta los pies.... aunque los pies que no se me vean porque....

—Porque los tiene grandes, dijo el padre; conquese al avío!

Hízose el retrato. El parecido salió exacto y por lo mismo, como que la chica era horrenda, la fotografía no podía ser bonita.

Suscitóse riña sobre si estoy ó no estoy, como Dios me ha hecho....! despues los pies habian salido en el retrato, porque el original estaba sentado.... pero unos pies que parecian dos cazuelas besugueras.

La chica le rogó al autor que le enmendase con el pincel, quitando la gordura, y dándola una risita que ella tenia y que no habia salido....

Resultado: el cuadro se enmendó; desapareció la semejanza y solo los pies quedaron verdaderamente retratados.

Tornó á su hogar la cerril pareja; ambos enseñaron á todo el lugar el retrato.... nadie adivinaba de quien era, mas que aquellos que se fijaban en los zapatos escarpines de cabra que estaban diciendo cepilladme!

¿Qué hacer?

En tan desesperada situacion el desventurado padre, despues de haberlo reflexionado, coge una pluma y escribe en letras como melocotones de Aragon estas palabras al pié del traslado desfigurado de su pimpollo silvestre:

Esta patografía es de mi hija.

He aquí las consecuencias de querer participar de los vértigos de la *civilizacion*, para no lograr mas que sacar los pies de las alforjas!

El pueblo de los Barrios de S. Lorenzo celebró el 9 su bervena anual, y el 10 la funcion al santo titular de aquella parroquia, saliendo por la tarde de dicho templo la procesion de Minerva, la cual se ostenta con todo el aparato que siempre ha desplegado su sacramental.

Aquella animada parte de la poblacion, estuvo concurridísima y los puestos de fruta, así como las báquicas tiendas hicieron su agosto.

Dias antes habíase celebrado en todas las iglesias pertenecientes á la órden seráfica, el jubileo de la Porciúncula, y el templo de S. Francisco el Grande no era bastante á contener en su anchuroso recinto la inmensa multitud de fieles que se agolpó á sus puertas, plaza contigua y calles inmediatas.

Continúa la restauracion de los templos. El de S. Cayetano, sito en la calle de Embajadores, y cuya grandiosidad es notoria, fué hace algun tiempo destruido por un rayo en la parte de la cúpula. Verificadas grandes obras, han vuelto á abrirse sus puertas y el culto continúa. Las naves de esta iglesia son muy espaciosas. Lástima es que en ella predomine el gusto churrigueresco, especialmente en su elevado frontispicio.

El Oratorio de la calle de Cañizares ha recibido asimismo muchas é importantes reformas, y tambien la iglesia parroquial de S. Ginés, ornamenta-

da de nuevo, se halla, como aquel, abierta al público. Prosiguen en Sta. Cruz las obras para asegurar la media naranja, la cual se halla hoy desmantelada completamente, con el fin indicado.

En el hermoso santuario de Atocha, terminó el 24 la novena que se celebra anualmente con gran suntuosidad. Adornada la iglesia régiamente por dentro y un pórtico con arcos de ramaje, alegorias, vasos y faroles de colores, las funciones dedicadas á la venerada imágen de Ntra. Señora á quien se dedica la piedad y el culto de nuestros reyes, han competido este año en magnificencia con las anteriores. La Augusta Reina de los Angeles lucia el rico manto carmesí recamado de oro que llevaba Doña Isabel II el infausto 2 de Febrero de 1852, y que nuestra soberana regaló á la Virgen Santísima. Aquella delicadísima imágen iba además adornada con una multitud de piedras preciosas, cuyo valor asciende á mas de once millones de reales. Por la tarde salió la procesion del templo, llamando la atencion una magnífica carroza, regalo tambien de SS. MM., en la que se ostentaba magestuosa y grande la Virgen de Atocha. El cuerpo de inválidos formaba parte de la comitiva, presidiendo por su director el general conde de Mirasol, y una concurrencia inmensa se agolpaba á dirigir sus oraciones á la madre de los afligidos.

A falta de tela cortada para distraer vuestra atencion, ¡oh discretas lectoras mías! habia pensado en relataros el estado actual de las variantes que se introducen diariamente en esta capital, para llevarla al grado de esplendor á que es acreedora; pero conozco que la materia no es muy amena que digamos, y me reduciré á noticiarios de pasada, algo de lo que se proyecta, un poco acerca de lo que se construye, y un sí es no es relativo á lo mucho que tiene que aprender nuestro pueblo para mejorar sus costumbres.

El plano de ensanche de Madrid ha sido reducido á menor escala, y en breve se expendrá al público para que pueda recrearse con la idea de lo que la villa del oso podrá dar de sí dentro de un par de docenas de años.

Por de pronto los paseos han variado, mejorándose sus condiciones. La *Fuente castellana*, singularmente, y toda la línea de *Recoletos* se hallan hoy desconocidos y hermoseedos por la igualacion del terreno; y en el sitio donde fué la puerta de aquel nombre, levántase como un gigante magestuoso la Casa de la moneda recién construida, que es un edificio magnífico, y el cual da un buen aspecto á aquella parte.

Los alrededores de la Puerta de Atocha, ó del sitio donde estuvo la misma, así como los de la zona que comprende el real palacio, jardines del *Campo del Moro*, paseo de *San Vicente* y sus contornos: las avenidas del barrio de *Chamberi*, que en no lejanos tiempos vendrá á confundirse con la poblacion de hoy; todos han embellecido por las continuas obras, terraplenes, plantacion de árboles y abundancia de aguas con que se han promovido sus reformas.

Dentro del radio de la capital se construyen y

situán nuevas fuentes. Hoy se restaura la de la *Red de San Luis*, de la cual, así como de la *Cibeleles*, se retira el veterano gremio de aguadores, para rodearlas de fresco césped, de labores de boj, enramadas y bosquecillos en miniatura, que las adornen y embellezcan. En la *Puerta del Sol* pronto lucirá la nueva fuente de hierro colado que se construye.

La bella literatura dormita, como es usual y corriente en los tiempos de bella penuria que atravesamos; no obstante he vuelto los ojos á los palenques en que aun se rinde tributo á las dignas emanaciones del entendimiento, regocijándome con la lectura de unas llamadas por su autor, *Cartas trascendentales*, en las cuales el castizo, ingenioso y profundo escritor D. José de Castro y Serrano, ha desenvuelto con suma propiedad y galanura el siguiente tema. *¿Por qué razon vivia yo en Madrid hace quince años como un potentado, con veinte mil reales de renta, y hoy que tengo treinta y cinco mil vivo como un pordiosero...?* Los cuadros trazados en esta primera carta, á la cual seguirán otras que el Sr. Castro piensa dar á luz, serán leídos con avidez, sin duda alguna, por todos aquellos que tengan la fortuna de saborear su primera página.

Y qué os diré, lectoras mías, bellas lectoras, en donde existe un perenne manantial de sentimiento, de un artículo que el popular poeta D. Antonio Trueba acaba de publicar, titulado *Lo que es poesía?* Con temor y modestia suma dice al comenzarle el sencillo, al par que elevado escritor, *no es esta la primera vez que intento explicar lo que es poesía á personas para quien Aristóteles está en griego, Horacio en latín y Martínez de la Rosa en lenguaje demasiado fino...* y al final esclama: *Renuncio á explicar lo que es poesía por mas que los brios con que comencé mi tarea hicieran esperar otra cosa á los que conocen cuan dóciles son mis fuerzas...*

Pero, vive Dios que se equivoca! su fin encaminado á demostrar que el poeta nace de la inspiración del sentimiento, que con él vive, y en él se eleva, sirviéndole las formas tan solo de ropaje para adornar sus concepciones; se halla dulce y elocuentemente probado con símiles verdaderos en su escrito; así como que el versista ruin deja inadvertidamente entrever al instante su mal disimulada cascarilla, su rimbombancia atronadora, su similor mal encubierto, sin que jamás pueda confundirse con las abundantes arenas de oro que brotan con las inspiraciones del corazón, con las emanaciones de la fé, y la práctica del sentimiento, único, exclusivo y eterno manantial de poesía.

Trueba dispone una nueva publicación que llevará por título *El libro de los recuerdos*, en donde traza, segun noticias, de mano maestra, las impresiones que recibió al tornar, despues de una larguísima ausencia, los frescos valles de las Encartaciones en Vizcaya, en los cuales aprendió desde niño á expresar los candorosos relatos que ahora vá dando á la prensa.

La inagotable y ya acreditada escritora Doña María del Pilar Sinués de Marco, digna compañe-

ra mia como consecuente colaboradora de LA MODA, acaba de dar á luz su bella obra *El ángel del hogar* y parece que á la última entrega de la misma, irá unido un prólogo debido á la pluma del inspirado y rico poeta americano D. Juan Miguel de Losada, no tan conocido como merecen sus excelentes dotes literarias.

Al mismo tiempo que la última novela de la Sra. Sinués se ha repartido á los suscritores de la misma, un lindo tomo de olorosas flores poéticas á que su autora ha dado el delicado nombre de *Flores del alma*. Me extenderia en el exámen y elogio justo de este precioso ramillete, si no lo hubiera hecho ya con el ilustrado criterio que le es propio, el Sr. Flores Arenas; permítaseme, sin embargo, dejar consignado que en el libro de que hago mérito, hay una flor que sobresale entretodas, porque su aroma brota del corazón: esta flor es la del sentimiento.

Vamos ahora, lectoras mías, á la mansion de los muertos; esta se ha cubierto recientemente para recoger las muchas honras que recibió en vida, el concienzudo literato y poeta D. Eugenio de Tapia, autor de diferentes obras, amigo inseparable del gran Quintana, cuya lira vibró por última vez con motivo de la coronación del insigne vate español.

Tambien ha pasado á mejor vida el mariscal de campo D. Francisco de Paula Latorre, general desde 1847.

De la cuna al sepulcro dícese que no hay mas que un paso: metáfora gorda es esta, y ella me lleva á manifestaros que S. M. la reina se ha dignado ser madrina de bautizo, primeramente de un niño que dió á luz la señora Doña Isabel García Luna, hija del gentil-hombre de casa y boca y maestro de declamación del Conservatorio, del mismo apellido; y despues de una hija del Sr. Ferraz, oficial del ministerio de Estado. El primer recién nacido le tuvo en la pila bautismal, por delegación régia, la azafata Doña María Teresa Gallardo, y la segunda la Sra. Marquesa viuda de la Vega de Armijo.

Mr. Hermann está haciendo que se despiden del público de Madrid de algunas noches á esta parte; pero esto no acaba de verificarle, con gran contentamiento de los aficionados á la magia sublime. El famoso prestidigitador ha publicado una carta muy bien *parlada*, despidiéndose de los madrileños de quienes no quiere separarse sin explicarles el quid de algunas suertes que ejecuta, lo cual nos servirá lo que la carabina de Ambrosio, porque el verdadero secreto está en el velocísimo juego de los dedos.

A Mr. Hermann le ha salido un émulo andaluz llamado Almiñana, que juega los aros con tanta destreza ó mas que aquel; pero el español es un pobrete que no comprenderá nunca el cómo se saca de un ministerio la cruz de beneficencia.

Debo deciros algo de teatros. Los proyectos teatrales son hoy la cotidiana comidilla de los ocupados. Yo debo estarlo para vosotras tratándose de daros noticias, ¡oh pimpollos!... (míos iba á de-

cir) y por lo tanto no quiero escusarme de un deber tan grato.

Conocidas las compañías del Teatro Real y del Príncipe, debo manifestaros que la que ha formado el Teatro de la Zarzuela (número uno), es la siguiente si no mienten los informes, que no deben mentir.

Sras. Mora, Rivas, Lesen, Rodriguez, Estéban, Custodio y Fernandez (Doña Dolores).

Sres. Obregon, Sanz, (arrebatao á la hueste enemiga), Caltañazor, Calvet, Fuentes, Arderius, Moras, Salces y Galvan.

La primer obra que se pondrá en escena será *Los Piratas*, de los Sres. Rivera y Cepeda.

Hay para el próximo año cómico, un teatro de la Zarzuela, (número dos), que lo será el del Circo. En él va á trabajar una compañía formada en su mayor parte, de los cantantes en disidencia con el Sr. Salas. Ignoro si cuentan los amotinados con elementos bastantes para luchar con el formidable empresario á quien intentan hacer la contra; pero ello es que la falange ya está organizada, y consta de los artistas siguientes:

Sras. Santa María, Murillo, Soriano y Montañés, Lenard.

Sres. Font, Becerra, Miró, Marron, Cresy, Di-franco, y Santa Coloma.

Parece que la zarzuela con que inaugurará sus trabajos la flamante compañía, será una del Sr. Serra; titulada: *Luz y sombra*.

Háblase además de que los Ossorios, que acaban de llegar de París, vienen animados del mejor deseo para estrechar las diferencias que pudieran separarles de los primeros actores Romea y Arjona, con el fin de formar, en union de dichos señores, una compañía de declamacion digna de las personas que han de formarla, y del público de Madrid.

Para llevar á cabo su pensamiento, han invitado á algunos escritores los jóvenes y reputados actores, y solo falta el asentimiento de los famosos actores citados; para que se realice un proyecto que debe regocijar á los amantes del teatro y de las letras.

La compañía de Delgado, no inaugura ya sus funciones con el arreglo del Sr. Hartzembusch; comenzará con un drama original, que ya se ensaya, dando principio las representaciones del 8 al 15 de Setiembre.

¿Deberé detenerme para noticiaros el enlace del Srmo. Sr. Infante D. Sebastian Gabriel, con la infanta Cristina, única hija soltera de S. A. el padre del Rey? No, por que nadie ignora ya, que la mano de aquella augusta señora, ha sido pedida oficialmente, y tambien, que la egregia boda, se verificará en cuanto nuestros soberanos regresen de su próximo viaje.

Antes de dar por terminada esta *crónica*, debiera comunicaros noticias de la embajada que el sultan de Marruecos dirige á la reina Isabel, de sus personajes y demás que con tal suceso estuviere relacionado; pero como quiera que aun no se han presentado oficialmente los enviados, ni lo harán hasta que la corte vuelva de S. Ildefonso, lo cual

será el 3, aplazo para principios de octubre el describiros, lectoras amigas, minuciosamente todo aquello que se refiera á los huéspedes mauritanos. Conque ¡salud! y hasta entonces.

FABIO.

INFIERNOS.

Decididamente el infierno de los condenados terrible y amedrentador con sus continuas fogaratas, con su inextinguible hoguera y con las consabidas calderas de Pero Botero, es una pequeñez, una insignificancia, como si dijéramos un grano de anís comparado con este otro infierno que se llama vida, y en el cual si no se reciben tizonazos que consiste en que desde el Cid, las tizonas de por acá ni pinchan ni cortan, se pasan las horas á tragos, cuyos tragos, sorbos ó *piscobabís*, que por lo general son de alcohol, vienen á dejar á las miserables criaturas en el estado esbelto de la flauta.

Esto hará, lectoras, que te convenzas de que la gloria que se siembra y se recoje hogaño en estas tierras, es de tan esminiada catadura, y guarda exacta analogía con el infierno que tambien, sin sembrarse, en abundante cosecha se recoje por este mundo de Dios, lo cual es causa natural y suficiente para que sudemos el quilo muy á menudo los desdichados mortales que nos solemos ver entre dos fuegos, *verbi gratia*, el del amor platónico y el del amor patrio, que sea dicho con perdon, creo que en este pais nunca han de pasar de la categoría de fuegos artificiales.

En vista de varios pasajes de la vida doméstica exclaman los filósofos: las abrasadoras llamas del mas voraz de los incendios achicharran, tuestan las creencias sociales.

Una voz.—Y quién ha hecho arder esa llama?

Un filósofo.—La tea de la discordia.

La Discordia.—Pido la palabra.

El Mundo.—Que hable, que hable!

La Discordia.—Necesito sincerarme y para ello bosquejaré á grandes rasgos la historia de mis vicisitudes. Yo era pobre y escasa de recursos, así es que no servia nada mas que para alentar de vez en cuando alguna que otra pasion bastarda de las que solia sacar partido y con cuyos frutos iba trampeando en el mundo. Esto era en los tiempos del oscurantismo. Los hombres, excitados por mis continuas acometidas, abrieron paso en la sociedad á mi primo hermano el Rencor del que he sido, soy y seré deudo y compañera inseparable. El transcurso de los siglos hizo que brotasen nuevas ideas, flamantes doctrinas y como entremeses algunos genios. La edad de oro de la inteligencia habia renacido; de aquí la aparicion de millares de antorchas llamadas del talento, de aquí la nueva luz, y como resultado inmediato, pues ella fué la que atizó mi fuego, la tea de la discordia. ¡Es decir, la discordia en todo su apogeo! ¿Qué dice á esto la filosofía?

Al pronunciarse estas palabras los filósofos desaparecen; el vocerío del aplauso toma grande incremento y la Razon murmura:

Soy contigo!

Y luego tartamudea un ciudadano pacífico y virtuoso:

Mi casa, al decir de las gentes, es una cátedra de moral. Mi casa es la gloria!

Predica mi tío, mi suegra, mi mujer y mis hijos para corregirse mutuamente; yo predico también, pero lo mejor del caso es que sin embargo de albergarse bajo mi techo una docena de personas, allí se predica en desierto.

Ay! Mi casa es otro infierno!

Millares de tramas infernales se agitan turbando la tranquilidad, el sosiego de las familias, de los pueblos, de los estados.

Un acreedor llega á casa de un grande hombre, ó de un hombre pequeño, pues hoy pocos pueden decir de este agua no he bebido; le hace media docena de cortesías.... bien: le pide dinero.... ¡aquí fué Troya! el acreedor le saluda con la palabra del diablo ¡vaya V. al infierno! El inglés se españoliza, le alza el gallo; el interrogado si es gallo, ó gallina al ver que le usurpan sus atribuciones, cacarea; si es pollo, dice: alones, ¿para qué os quiero? y dá un vuelo; y si no es ni lo uno ni lo otro, satisface la cantidad que se le exige en *excusas*, moneda que ha sustituido á los escudos, y cae el telón.

D. Judas es ministro; luego D. Judas tiene casa y que comer. Pues bien, D. Judas llega á su casa, como todos los días, á saborear la sopa de puré, (que este elevado cargo no exime al que le desempeña de tener apetito, antes bien, abre las ganas.) El día que se verifica la escena que voy á describir, que suele ser los pares y casi todos los impares de la semana, aunque haga sol, si nó está nublado ó vice versa, el que daba luz á D. Judas se ha oscurecido y viene por consecuencia tiritando de coraje. Entra en el aposento refunfuñando á los criados, arroja el sombrero, se despoja del gaban, se pone distraído del revés la bata, se oculta en su despacho, se arrellana en un sillón, dá un suspiro y quédase pensativo....

Entra su mitad anhelante por saber cómo ha pasado el día, y al verle hecho un arlequin, pues los forros de su bata son de color subido.... (*Sensación.*)

D. Judas no la hace caso.

Entran los niños á dar el filial ósculo al autor de sus días, y al advertir aquella novedad... (*Risas.*)

El repúblico sigue persuadido de que está meditando.

Entra el lacayo, anunciando que el puré se enfria, y al advertir la causa de la diversion de sus señoritos.... (*Risas prolongadas.*)

D. Judas ruge, la esposa se asusta, los chiquillos ahullan, el fámulo grazna, hasta que el primero prorrumpe en gritos desaforados exclamando: ¡Esto es un infierno! ¡Oh familia del demonio!

Y hé aquí explicado quien es el demonio de aquella familia, y en qué se fundan los infernales desahogos de la casa de D. Judas, que en la mañana de aquel día habia dejado cesantes á dos docenas de ciudadanos, verdadera diablura que el mismo Astarofen persona se hubiera abstenido de aconsejar.

El poeta de *in illo tempore* que pasaba los mas apacibles días de su vida soñando con la gloria, y que se despertaba á media noche, conmovido por los saetazos de su jergon de paja y por las empedernidas tablas de su desvenecado catre, no podia menos de entregarse á la mas profunda de las filosofías.

Así es que los poetas no duermen hoy por aquello de que el sueño tiene muchos puntos de contacto con la muerte, sucediéndoles todo lo contrario que á Orfeo que se vió el pobrete en la dura necesidad de bajar á la morada de los condenados, lira en ristre, en busca de su costilla, mientras que por acá muchos de aquellos que han trocado el laud por la chicharra encuentran Euridices á docenas.

No hay que dudar, los dominios infernales vanse ya extendiendo por cuanto el globo abarca. De mi tierra sé decir que abundan las *Gorgonas* y las *Harpias* en las lenguas viperinas y desenfrenadas. La *Laguna Estigia* en el pantano de los crecientes vicios. El *Leteo* en el raudal de ficciones que nos hace olvidar lo que fuimos y lo que somos por lo que anhelamos ser. Los *cancerberos* en todos esos seres que guardan y observan los ritos y creencias exageradas del siglo: solo echo de menos en la era moderna las simbólicas entidades de los *dioses manes*; pero en cambio el *Cocito* de nuestros días se desborda en impetuosa carrera, porque son muchas las lágrimas, son muchos los desgraciados!

Ya me iba enterneciendo! Basta, bondadosa leyente; quiero salir de este infierno y además que no me creas articulista mitológico. Acomodo la pluma en la parte superior de mi oreja derecha; espero que te haga efecto mi relato, que será cuando Dios quiera, y le concluyo para mayor claridad con la consabida sentencia de

Nihil novum sub sole,

que traducido libremente al castellano, quiere decir que me voy á tomar el sol.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

TEATROS.

El Balon da al cabo señales de vida, y despues de un sueño agitado por tal cual pesadilla, se despierta con señales de robustez y con fundadas esperanzas de larga existencia.

Ya lo habíamos dicho en una de nuestras últimas revistas: el Balon es un teatro de porvenir, porque á Cádiz no le basta con el Principal; y no se arguya con que este último no está siempre lleno, porque contestaremos que lo que pueda faltarle para llenarlo no será ciertamente el Balon quien se lo dé. Cada cual tiene su público habitual, y, fuera de sus límites respectivos, el resto de la concurrencia está allí como de extraordinario. La experiencia demuestra que los públicos acuden cuando se los sabe llamar, y la nueva empresa del Balon debe confiadamente esperar en que así suceda, toda vez que dispone de muy buenos elementos para su éxito.

El Sr. Sanchez Albarran, nuestro jóven compatriota, nadie ignora que es un actor de notabilísimo mérito, y especial en ciertos géneros. Lo es también la Sra. de Mendoza, y en el círculo de sus respectivos caracteres valen también la jóven Castro y el Sr. Mendoza. De esperar es que los demás actores, á los que no conocemos, no desdigan de estas principales partes.

La elegante y graciosa Luisa Medina, y el ágil y entendido Ambrosio Martinez, constituyen el segundo polo de la doble compañía. Terpsícore no se halla aquí menos bien representada que Talía, y sobre estos firmísimos fundamentos nada aventuramos al suponer que el éxito mas cumplido ha de justificar las esperanzas concebidas.

Tal vez alguno imagine que la estancia del Sr. Romea y de otros excelentes actores en el Principal deje recuerdos que perjudiquen á los del Balon. Nosotros creemos lo contrario. El Sr. Romea, el Sr. Capo, la Srta. Berroviano y demás notables partes de la compañía actual, han despertado la dormida afición del público al arte escénico; han depurado el gusto, hace tanto tiempo viciado por ese género híbrido y anti-artístico llamado zarzuela; han hecho que saboreemos, que sepamos apreciar lo bueno, que tributemos á los verdaderos primores literarios los aplausos que no ha mucho malamente usurpaban la *ganga* y el *buñuelo*. Todo esto ha contribuido á fomentar el arte, á enaltecerlo, á prestarle aliciente; la comedia, el drama, han vuelto á adquirir crédito, á oírse con placer: en suma, el impulso está dado, el monstruo ha sido vencido, los actores hoy cuentan ya con el público, y éste aprecia los esfuerzos de aquellos sin pretender aquilatar el mérito respectivo para establecer comparaciones, que no conducen por lo comun á otra cosa que á disminuir el goce de lo que se posee.

Bien venga, pues, el Balon, con su nueva compañía, y ojalá halle buena fortuna, que bien puede, sin tener que defraudar agenos intereses, y sin temor de ver los suyos defraudados. Creemos que habrá para todos, y hasta para mas que vengan. Dígalo el circo de Mr. Price.

El Principal continúa siendo el punto favorito de reunion de la sociedad mas distinguida de Cádiz; cosa que ha tiempo no sucedia con este género de espectáculo. Motivo hay sin duda para ello, porque lo perfecto de la ejecucion corre parejas con el tacto en la eleccion de las obras.

Siguiendo la reseña de estas vamos á ocuparnos de una bellísima cuanto graciosa comedia titulada *Cada oveja con su pareja*, que no pudimos ver en su estreno, y de la que por tanto nos fué imposible hablar en sazón oportuna.

Esta comedia, si bien conserva el sello de su origen francés, porque eso es como el idioma materno, que nunca se pierde del todo, ha sido vertida y arreglada por el Sr. D. Ventura de la Vega con esa habilidad y destreza que no conoce igual en el mundo, y que hace que sus traducciones valgan casi siempre mas que el original. Su argumento es el siguiente:

Doña Rosa, viuda fresca y con sus buenas pre-

tensiones, se encuentra en los baños del Cabañal de Valencia rodeada de una corte numerosa de pollos, entre los que descuella un astuto gallo, D. Fabian, íntimo amigo de la viuda, de la que está enamorado hace diez y ocho años, esto es, desde antes que la tal se casase con el difunto, también su grande amigo, no habiendo bastado la preferencia que este en aquella sazón obtuvo para entibiar ni la amistad ni el amor del rival desairado.

Doña Rosa estima á D. Fabian, pero no le ama, como Mme. de Sevigné decia de su esposo, y aunque la talya *se alejaba de los treinta* en vez de *aproximarse*, segun la expresion significativa de su amante, ella se inclinaba mas de lo corriente á D. Carlos, jóven pintor, el cual habia llegado á conquistar sus preferencias á fuerza de rendimientos, de atenciones y de servicios.

D. Fabian entonces, obedeciendo á una feliz inspiracion, hace traer de Madrid donde se educaba á su ahijada la bella Eugenia, hija de Doña Rosa, la cual deberia hacer descender de su pedestal á su madre. Y en efecto, los ojos de la mayor parte de aquellos pretendientes, puestos hasta entonces de una manera esclusiva en los atractivos ya un tanto averiados de la madre, y sobre todo en su buen caudal, se volvieron como era natural hácia la hija, mas bella, y además su única heredera. Cada cual se valia al efecto de sus armas y ponía en juego sus recursos de seducción; pero entre todos los amantes el mas graciosamente tonto era D. Nicanor, cuyo arsenal de conquistas consistia en veinticuatro chalecos de todos los colores posibles, cuyos colores ponía en relacion con la edad, carácter y circunstancias de las que queria someter á su yugo.

D. Carlos no amaba á la viuda. Sus atenciones eran pura táctica para ponerla de su parte en el secreto amor que á Eugenia profesaba y al que ella vivamente correspondia. He aquí lo que ignoraba absolutamente la madre.

La sorpresa de esta es por tanto grande cuando á punto de anunciar á su pollesca corte su proyecto de enlace con Carlos, sabe que este pretende á Eugenia. Harto diestra para afrontar el ridículo, finge acceder con gusto á la demanda. Fabian se propone, destruido ya este obstáculo, volver á la carga, y Nicanor se prepara á la conquista de la madre mudándose de chaleco.

Todo parecia en camino de una terminacion feliz; pero Doña Rosa, irritada por el desaire y no curada aun de los sentimientos que Carlos le habia inspirado, siembra la desconfianza en el corazon de su hija. Celosa ella, hace que Eugenia sea celosa, y tanto adelanta en el éxito de sus sugestiones que Carlos se irrita con tantas exigencias y Eugenia concluye por romper abiertamente con él.

Esto produce en Nicanor una nueva mudanza de chaleco, volviendo á ponerse el azul, que era el color de la hija.

D. Fabian, sin embargo, ausente algun tiempo, vuelve en sazón oportuna para comprender la causa de aquellos disturbios y para poner remedio á sus consecuencias. Habla con Doña Rosa, le hace ver cual es el móvil de su conducta, le hace comprender

todo lo que hay de egoismo y mala pasión en haber promovido un rompimiento que hará la desgracia de su hija, y aunque la viuda se muestra al principio ofendida de una franqueza que la humilla, al cabo oye la voz de la razón y aprecia toda la lealtad de su amante, al que concede aquella mano por la que lleva tantos años de suspirar. Los jóvenes ya se supone que se arreglan fácilmente.

Resta desengañar á Nicanor, que se presenta en aquel momento con el frac abrochado para no comprometerse. Indeciso aun entre la madre, *mas magestuosa*, y la hija, *mas bella*, se arroja ante la primera y le ofrece su amor mostrándole la mitad de su chaleco, que es encarnado. Se le acoge con risa, y él entonces postrándose á los pies de Eugenio le presenta la otra mitad de su chaleco, que es azul. Tampoco este color petó. Su guardaropa ha sido ineficaz para el presente caso.

Pocas comedias hacen reír de mejor gana que esta, y en pocas hay chistes de mejor género. La producción fué aplaudidísima, y repetidas veces fueron llamados á la escena los actores.

La ejecución inmejorable. El Sr. Romea (D. Julian) se mostró en ella digno de su alta reputación. Aquello es el arte; aquella es la verdad; ¿pero qué verdad?

El papel de Nicanor estuvo á cargo del Sr. Romea (D. Florencio). Es imposible hacer mas en él. Era la copia al daguerreotipo de un tonto, pero de un tonto de buena sociedad, que nunca desmiente su educación ni su nacimiento. Supo, en suma, dar al papel todo su relieve, sin exagerarlo no obstante. Agradó mucho.

La Señorita Berroviano, esa perla de la escena española, fué en esta comedia lo que acostumbra á ser siempre. ¿A qué mas encomio?

Muy bien la Srta. Fenoquio. No desmintió el dictado de *magestuosa* que le daba D. Nicanor.

El joven Morales empieza, pero empieza bien. Su distinguido maestro podrá hacer de él una buena cosa, y ya da muestras de ello.

El teatro llenísimo. La animación grande.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Los sombreros conservan su gracia coqueta. La mayor parte son de crespón, con mezcla de tafetán. Para medio equipo se prefieren los de paja ó crin. Los adornos varían según el gusto de la modista que preside á su creación. Mme. Alexandrine justifica siempre la brillante reputación que ha adquirido, y en sus modelos se admiran á la vez la gracia del corte y la distinción de los accesorios. Voy á señalarlos.

Un delicioso sombrero compuesto de tafetán y de tiras de paja de arroz. La circunferencia de la copa es de tafetán, la calota de tul con cuadros de paja, el ala y el bavolet de tul y tiras de paja.

A la izquierda del sombrero, una pluma blanca á ondas, en el interior, bandó de violetas.

Otro.

Sombrero de crespón gris. Para adorno, un ramo de rosas sin follaje.

En el interior, por delante, tres rosas. Carrilleras de blonda blanca.

Otro.

Sombrero de crespón malva y crespón blanco. La calota sola es blanca. Está rodeado de una corona de violetas de Parma. En el interior, por delante, nueve cocas de tul blanco separadas una de otra por una cabeza de violeta. Carrilleras de blonda. Este bandó de un género nuevo sentaba maravillosamente.

Otro: de crespón verde Isly y tul blanco de lunares. Por adorno, cinta y cabos de encaje negro.

Han llamado mucho la atención en los bailes de estío de los baños, diversos prendidos de flores de la casa Millon. He visto enviar algunos: el prendido *Ceres*, con espigas; el *Bacante*, naturalmente compuesto de uvas y pámpanos, tan hábilmente imitados que casi daban ganas de comerse el racimo; pero estábamos en el caso de decir como la zorra de la fábula: *No están maduras*.

Otra guirnalda estaba mezclada de rosas y de madreselva, entre las que se escapaban algunas cerezas: nada mas distinguido y mas bello que este prendido.

No puede hablarse de la casa Millon sin pensar en las bellas plumas que allí se fabrican. Recordamos que Mr. Millon es á quien se debe el haber obtenido plumas color de rosa fino; cosa que no habia podido lograrse jamás. Estas plumas son verdaderas maravillas por su flexibilidad y su encarnado seductor. La reina de las flores tiene ahora por rivales las plumas rosa de la casa Millon, y debe estar celosa de ellas.

Acabo de ver tres magníficos camafeos grabados por Mr. Isler, de Roma, y voy á hablarlos de ellos.

El primero es un retrato del natural, de una perfecta semejanza; el segundo representa un emperador romano; el tercero es la cabeza de un Cristo de tan bella ejecución que frecuentemente se reclamán del talento de Mr. Isler reproducciones de esta obra.

Hemos tenido esta semana una verdadera buena fortuna, como publicista de la moda y como satisfacción personal, visitando la casa de Mme. Roger, célebre en los fastos de la elegancia. Mme. Roger, en el momento de nuestra llegada, remitía muchos encantadores trajes, de los que me apresuré á tomar nota, y que voy á designaros.

Primero: de tafetán color de almáciga. Sobre la enagua un volante de cuarenta centímetros, recordado á crestas, seguido de otros cinco pequeños volantes de igual corte, pero de solo ocho centímetros.

Corpiño montante, adornado con tres guarniciones figurando chal. Mangas largas, cubiertas de cinco volantes.

Otro. Traje muaré *antique* negro. Sobre la enagua un rico enlazamiento de encaje, atravesado por rosetas de terciopelo con azabaches y encaje por cerco.

Corpiño escotado, de corte cuadrado por delante, adornado de encaje negro y tiras atravesadas de terciopelo. Mangas semi-largas, con adornos de encaje.

Otro. Traje de baile de dos enaguas, de tul azul celeste sobre tafetan.

Al fin de la primera enagua un faralá de tul, subiendo hasta la rodilla y sembrado de estrellas de oro. La segunda falda era doble, replegada sobre sí misma, y recogida al lado izquierdo por un ramo de espigas de oro.

Corpiño á paños. Ramo de espigas delante, y otro pequeño en cada manga.

No puede darse nada mas hechicero.

Un traje para jóven soltera de tarlatana blanca. Sobre la enagua once volantes Pompadour.

Corpiño en punta, cubierto con una berta de tarlatana adornada con tres órdenes de plegados en punta por detrás y por delante.

Mangas cortas, huecas.

MME. JULIETTE LORMEAU.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de glacé verde rayado, formando la enagua un gran volante y tres pequeños: monillo alto abotonado y formando cotilla: mangas anchas: manguitos y cuello de musolina. Sobre todo de glacé negro con un volante por abajo: esclavina formando punta, de guipure: mangas anchas guarnecidas de un volante. Sombrero *Bolero* de paja gris ribeteado de terciopelo marron adornado de plumas de gallo. Guantes Suecia.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de organdí rosa con el fondo salpicado en la enagua cinco volantes sujetos por un rizado de dos cabezas festoneadas y por cuyo centro pasará una cinta rosa: monillo escotado, guarnecido de un buche: mangas anchas cortadas al sesgo, plegadas por arriba y ligeramente fruncidas por abajo. Camisolín y manguitos de musolina. Manteleta igual al vestido, con la misma guarnición y un solo volante. Cinturón *Duquesa* de cinta rosa rayada. Sombrero de crespon blanco cubierto de tul salpicado de negro: la pasada y bavolet, de crespon rosa: á la izquierda tres grandes rosas sin hojas: por bajo del ala adorno de blonda y botones rosa. Guantes paja. Sombrilla *marquesa* de seda rosa forrado de blanco.

TERCER FIGURIN PARA NIÑA.

Vestido de glacé malva con adornos de cinta de terciopelo negro: este vestido como se vé, no tiene monillo; reemplazándolo con tirantes de la misma tela y con igual adorno. Canesú de musolina plegada. Sombrero de paja de Italia con una pluma blanca. Calzon corto y ancho. Botitos marron.

SUMARIO.—GALERÍA DE MUJERES CÉLEBRES, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—UN VIAJE REDONDO, por D. Baldomero Menéndez.—FANTASÍA. ILUSION DE AMOR, *conclusion*; por D. Sebastian de Mobellan.—LA FELICIDAD, por D. José Selgas.—UN AZAR DEL REY CHICO DE GRANADA, *conclusion*; por D. Juan Miguel de Arambide.—DELICIAS DEL CAMPO, por la Srta. D^a Carolina Gonzalez.—LA VIDA, soneto, por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—SALONES DE PARÍS, por Julio.—EL VRANO, poesía; por D. Victoriano Martinez Muller.—CRÓNICAS DE LA CÔRTE, por Fabio.—INFIERNOS, por D. Fernando Martinez Pedrosa.—TEATROS, por D. Francisco Flores Arenas.—MODAS DE PARÍS, por Mme. Juliette Lormeau.—EXPLICACION DEL FIGURIN DE SEÑORAS.—GEROGLÍFICO.

LAMINAS.—Figurin de trajes para Señora.—Canastilla para tarjetas de visita.—Hoja de música.—Hoja doble de patrones para bordados.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

La batalla de Roncesvalle immortaliza á España.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.



RES, por
larco.—
Menen-
ion; por
AD, por
HICO DE
l de Ar-
rta. D.
D. Ma-
VIRTU-
miño de
EL VE-
Muller.
IERNOS,
EATROS,
DE PA-
CACION

a.—Ca-
sica.—

OR.

iza á

EZ.

édica á
a de la

B

M

S



LA MODA Cadiz

1860.

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA
MUNICIPAL



Este pe
mingos. E
reparten

SUMAR
cisco J
MARIA
EL AS
Ferna

Fin de

La co
punto á
tenta del
tanteme
llenado
gor de la
cion pur
público
pañía, y
que es d
permita
indudab
na comp
la Señor
excelent

Mient
y digam
ejecutad

Un d
las form
puesto e
mero es
hasta la
litud co
obra en
efecto, n
medios;
está en l
tas clási
cion de l

La, se
bien esc
al castel
Romea p

